

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 941.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Funerales de los niños de la Doctrina cristiana; grabado.
— Protesta del cuerpo diplomático contra el bombardeo de París, y contestación de M. de Bismark. —

El armisticio del 28 de enero. — Sitio de París: La casa abandonada; grabado. — La ambulancia del teatro Francés; grabado. — Revista de París. — Poesías: A la luna. — Tu risa. — Episodios históricos: Eduardo Spencer. — Defensa de París: Talleres de la comisión de armamento grabados. — De Villahermosa á la China

coloquios de la vida íntima, por don Nicomedes Pastor Díaz. — Luisa. — Las cocinas económicas ambulantes; grabado. — Curiosidades del sitio; grabados. — Escenas de la vida Inglesa. — Los partes telegráficos de las provincias; grabado.



BOMBARDEO DE PARÍS. — Funerales de los niños de la escuela de la Doctrina cristiana muertos en la casa de los Hermanos de la calle de Vaugirard

Funerales

DE LOS NIÑOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

El bombardeo ha hecho ya muchas víctimas; pero las más interesantes son seguramente los pobres niños que las bombas prusianas matan en la calle, en la cuna, en los brazos de las madres y en las escuelas.

La muerte de los desdichados niños de la escuela de los hermanos de la calle de Vaugirard, que perecieron en su dormitorio á la explosión de una bomba, ha provocado en París una emoción profunda, y por esta razón representamos sus exequias, á las que acudió una afluencia considerable.

El día 40 de enero la iglesia de Nuestra Señora de los Campos estaba toda colgada de negro.

Una multitud hondamente conmovida se apiñaba en la calle de Rennes.

Había en la iglesia cinco féretros cubiertos de coronas delante del altar, y se iba á comenzar el oficio de difuntos.

Los cinco féretros en donde se clavaban todas las miradas, contenían las cinco víctimas inocentes del bombardeo.

En medio de la ceremonia, el señor ministro de Negocios extranjeros vino á mezclarse entre la muchedumbre, y solo á instancias del señor cura párroco, consintió en ocupar un puesto reservado en el coro.

A las diez, M. Jules Favre, acompañado de su secretario particular, se ponía á la cabeza del séquito y seguido de una inmensa multitud, el entierro se dirigía hácia el cementerio Montparnasse.

En el trayecto de la iglesia al campo santo se aumentó el gentío y vimos correr muchas lágrimas y oímos muchas palabras de indignación y de ira.

Al borde del sepulcro y en medio de la emoción general, M. Jules Favre se expresó en estos términos:

« Ciudadanos :

» Cumpló con un deber muy natural asociándome á vuestro legítimo duelo. No era posible que el corazón de la ciudad y de la Francia no se asociara á un dolor de esta especie.

» Al cabo de tantos padecimientos, de tantas privaciones y de tanto heroísmo, creo poder decir que nuestros males tocan á su fin y espero que del fondo de estos sepulcros saldrá muy luego el triunfo de la patria. »

Después de estas elocuentes palabras M. Lauth, representante de la municipalidad del sexto distrito, pronunció un discurso muy sentido. Recordó á todos los ciudadanos el valor y las altas virtudes que exige la República para salvar á la Francia y á la capital, odiosamente ultrajadas por el enemigo que no conoce otro derecho que la fuerza bruta.

P. P.

Protesta

DEL CUERPO DIPLOMÁTICO CONTRA EL BOMBARDEO DE PARÍS Y CONTESTACION DE M. DE BISMARCK.

Los miembros del cuerpo diplomático residentes en París, enviaron el día 43 de enero al cuartel general prusiano la siguiente protesta:

A su excelencia el señor conde de Bismark Schœnhaussen, canciller de la Confederación de la Alemania del Norte, etc., etc., en Versalles.

Señor conde:

Hace algunos días que un gran número de granadas partiendo de las localidades ocupadas por las tropas sitiadoras, han penetrado hasta el interior de la ciudad de París. Han caído mujeres, niños y enfermos. Entre las víctimas, varias pertenecen á los Estados neutrales. La vida y la propiedad de las personas de cualquiera nacionalidad que sean, está continuamente en peligro.

Estos hechos se han sucedido sin que los firmantes, que en la generalidad no tienen otra misión en París que la de velar por la seguridad y los intereses de sus nacionales, hayan sido prevenidos por una declaración previa para resguardar á estos contra los peligros que los amenazan, y á los cuales no han podido sustraerse por motivos de fuerza mayor, particularmente las dificultades opuestas á su partida por los beligerantes.

En presencia de sucesos de un carácter tan grave, los miembros del Cuerpo diplomático presentes en París, á los que se han unido, en la ausencia de sus embajadas

y legaciones respectivas, los miembros del cuerpo consular abajo firmados, han juzgado necesario, con el sentimiento de los deberes que tienen para con sus nacionales, concertarse sobre las resoluciones que deben tomarse.

Estas deliberaciones han dado por resultado la resolución unánime de pedir que, en conformidad á los principios y usos reconocidos del derecho de gentes, se tomen medidas que permitan á sus compatriotas ponerse al abrigo, como también sus propiedades.

Al manifestar con confianza la esperanza de que V. E. tendrá á bien intervenir con las autoridades militares en el sentido de la demanda de los firmantes, aprovechando esta ocasión para rogaros aceptéis, señor conde, los sentimientos de su elevada consideración.

(Siguen las firmas.)

Hé aquí la contestación de M. de Bismark:

Versalles 17 de enero de 1871.

El conde de Bismark Schœnhaussen, canciller de la Confederación de la Alemania del Norte en Versalles, á M. Kern, ministro de la Confederación suiza en París.

Señor ministro: He tenido el honor de recibir la carta del 43 del corriente mes, firmada por vos y por el señor ministro de los Estados Unidos, así como por muchos agentes diplomáticos anteriormente acreditados en París, en la que, invocando el derecho de gentes, me pedís intervenga cerca de las autoridades militares para que se tomen medidas que permitan ponerse al abrigo á los nacionales respectivos de los firmantes, como asimismo sus bienes durante el sitio de París.

Siento infinito no me sea posible reconocer que las reclamaciones que los firmantes de la carta han tenido á bien dirigirme, encuentren en los principios del derecho internacional el apoyo que necesitan para justificarse.

Es incontestable que la resolución, única en la historia moderna, de transformar en fortaleza la capital de un gran país, y de convertir sus cercanías en un vasto campo atrincherado, encerrando casi tres millones de habitantes, ha creado para estos últimos un estado de cosas sumamente penoso y desdichado. La responsabilidad cae exclusivamente sobre los que han hecho de esta capital una fortaleza y un campo de batalla. En todo caso, los que han elegido su domicilio en una fortaleza cualquiera, y continúan permaneciendo en ella de su propia voluntad durante la guerra, han debido prepararse contra los inconvenientes que de ello resultan.

Siendo París la fortaleza más importante de Francia, en la que ha concentrado el enemigo sus principales fuerzas, que desde sus posiciones fortificadas en medio de la población ataca constantemente los ejércitos alemanes por medio de salidas y con el fuego de su artillería, no puede alegarse ningún motivo válido para exigir que los generales alemanes renuncien á atacar esta posición fortificada, ó á que conduzcan las operaciones militares de un modo que estaría en contradicción con el objeto que se proponen conseguir.

Me permitiré recordar aquí que nada se ha descuidado por nuestro lado para preservar la parte pacífica de la población perteneciente á los países neutrales, de los inconvenientes y de los males inherentes á un sitio. El secretario de Estado, M. de Thile, dirigió el 26 de setiembre último una circular respecto á esto, á los ministros acreditados en Berlín, haciendo por mi parte observar en una carta, con fecha 40 de octubre último, dirigida á S. E. el Nuncio apostólico y demás agentes diplomáticos que á la sazón residían en París, que en adelante los habitantes de la capital tendrían que soportar los efectos de las operaciones militares.

Otra nueva circular, fecha 4 de octubre último, ponía de manifiesto las consecuencias que resultarían para la población civil de París al prolongar la resistencia hasta el último extremo. El 29 del mismo mes comuniqué el contenido de dicha circular al señor ministro de los Estados Unidos de América, á quien rogué informase á los miembros del cuerpo diplomático.

Resulta de lo que precede, que no les ha faltado á los nacionales de las potencias neutrales las advertencias y recomendaciones para que salieran de la ciudad sitiada, aunque estas advertencias inspiradas por un sentimiento de humanidad y por las consideraciones que queremos manifestar á los ciudadanos pertenecientes á naciones amigas, estén tan poco prescritas por los principios del derecho internacional, como el permiso que se les acordó para que atravesaran nuestras líneas.

Los usos y principios reconocidos del derecho de gentes exigen menos aun que el sitiador advierta al sitiado de las operaciones militares que cree deber ejecutar en el curso del sitio, como he tenido el honor de hacerlo constar respecto al bombardeo, en una carta dirigida á M. Julio Favre el 25 de setiembre último. Era evidente que si se prolongaba la resistencia tendría lugar el bombardeo, y por consecuencia debía contarse con él. Aunque Vattel no conociese el ejemplo de una ciudad fortificada de esta importancia y conteniendo dentro de sus muros ejércitos y medios de guerra tan numerosos, véase lo que dice respecto á este asunto:

« Destruir una ciudad por medio de bombas ó balas rojas es una extremidad á la que no se llega sin motivos poderosos. Pero se está autorizado, sin embargo, por las leyes de la guerra cuando no se puede reducir de otro modo una plaza importante de la que puede depender el éxito de la guerra ó bien sirva para asestar peligrosos golpes. »

Mucho menos fundado sería en el caso actual hacer objeciones contra el sitio de París, cuanto que no es de ninguna manera de nuestra intención destruir la ciudad, lo que sin embargo sería admisible, según el principio emitido por Vattel; nuestra intención es la de hacer insostenible la posición central y fortificada, donde el ejército francés prepara sus ataques contra las tropas alemanas, y que les sirve de refugio después de su ejecución.

Me permitiré hacerlos notar, señor ministro, así como á los demás firmantes de la carta del 43 de este mes, que después de los avisos que he repetido, se ha permitido durante meses enteros, á los neutrales que lo pedían, el franquear nuestras líneas, sin otra restricción que la de hacer constar su nacionalidad y su identidad, y que hasta hoy nuestras avanzadas ponían á disposición de los miembros del Cuerpo diplomático y de los que eran reclamados por sus gobiernos ó por sus representantes diplomáticos, los salvo-conductos necesarios para continuar su viaje. Desde hace algunos meses se ha advertido á muchos de los firmantes de la carta del 43 de enero corriente que pueden atravesar nuestras líneas, y hace largo tiempo que tienen de sus respectivos gobiernos la autorización de salir de París. En situación análoga se encuentran centenares de nacionales de las potencias neutrales, cuyos representantes nos han dirigido en su favor la misma solicitud.

No tenemos noticias auténticas sobre las razones que les han impedido aprovecharse de un permiso que poseen hace mucho tiempo. Pero si debe creerse á comunicaciones particulares, son las autoridades francesas las que se han opuesto á su salida, y aun á la de sus representantes diplomáticos. Si estas noticias son exactas, no habría más que recomendar á los que se ven obligados contra su voluntad á permanecer todavía en París, dirijan sus quejas y sus protestas al poder actual. En todo caso, según lo que precede, me creo autorizado para no admitir, en lo que concierne á las autoridades alemanas, el aserto contenido en la carta del 43 de enero, que los nacionales de los firmantes « no habían podido sustraerse al peligro por las dificultades opuestas á su salida por los beligerantes. »

Hoy mismo mantenemos aun la autorización acordada á los miembros del Cuerpo diplomático para que franqueen nuestras líneas, considerando como un deber de cortésia internacional, por difícil y peligrosa que pueda ser su ejecución para las operaciones militares en la fase actual del sitio. Respecto á sus numerosos nacionales, siento no ver á estas horas otro medio más que la rendición de París para ponerles al abrigo de los males inseparables al sitio de una fortaleza. Si bajo el punto de vista militar pudiera admitirse que se organizara la salida de París de una parte de la población, que se puede evaluar en 50,000 hombres con sus familias y bienes, no tendríamos los medios de proveer á su alimentación ni á los medios de transporte que se necesitarían para hacer franquear la zona que han hecho evacuar las autoridades francesas, despojándola de sus recursos antes del sitio de la capital. Nos encontramos en la triste situación de no poder subordinar la acción militar á las simpatías que nos inspiran los sufrimientos de la población civil de París, nuestra línea de conducta está rigurosamente trazada por las necesidades de la guerra y por el deber de preservar nuestras tropas de nuevos ataques del ejército enemigo.

Según la concienzuda observación de la convención de Ginebra, de que hemos dado pruebas en circunstancias muy difíciles, sería supérfluo asegurar que la artillería alemana no dirige sus tiros con intención sobre las construcciones ocupadas por mujeres, niños ó enfermos.

Con motivo de la naturaleza de las fortificaciones de París y de la distancia á que todavía se encuentran nuestras baterías, es muy difícil evitar que padezcan por casualidad los edificios que desearíamos poder librar, así como precaver á la población civil de desgracias que en todos los sitios hay que lamentar. Si se producen en mayor escala en París que en otras fortalezas sitiadas estos tristes accidentes, que sinceramente deploramos, débese concluir que hubiera debido evitarse hacer una fortaleza de esta capital, ó prolongar la defensa más allá de ciertos límites.

En ningún caso puede permitirse que una nación cualquiera, después de haber declarado la guerra á sus vecinos, preserve su fortaleza principal de la rendición, invocando las consideraciones del enemigo para con la población inofensiva, los extranjeros que la habitan, y en medio de los cuales encuentran las tropas un asilo después de sus ataques, por cuyo medio podrían preparar otros estando al abrigo de los hospitales.

Os ruego, señor ministro, tengáis á bien dar conocimiento del contenido de mi respuesta á los firmantes de la carta de 43 de enero último, y recibir la reiterada seguridad de mi alta consideración.

VON BISMARCK.

El armisticio del 28 de enero.

— Leemos en el *Journal Officiel*:

Con el corazón henchido de dolor dejamos las armas. Ni los sufrimientos, ni la muerte en el combate habría podido obligar á Paris á este cruel sacrificio. Tan solo cede al hambre, se detiene, cuando le falta el pan. En esta cruel situación el gobierno ha hecho todos sus esfuerzos para dulcificar la amargura de un sacrificio impuesto por la necesidad. Desde el lunes por la noche estaba negociando; hoy se ha firmado un tratado que garantiza á la guardia nacional entera su organizacion y sus armas; el ejército, declarado prisionero de guerra, no saldrá de Paris. Los oficiales conservarán su espada. Se convocará una Asamblea nacional. La Francia es desgraciada, pero no está abatida. Ha hecho su deber y queda dueña de sí misma.

Hé aquí el texto de la convencion firmada esta noche á las ocho y traída por el ministro de Negocios extranjeros. El gobierno se ha ocupado en seguida de arreglar todas las condiciones de aprovisionamiento, y de expedir agentes que partirán desde el día de mañana.

CONVENCION.

Entre el señor conde de Bismark, canceller de la Confederacion germánica, en nombre de S. M. el emperador de Alemania, rey de Prusia, y el señor Julio Favre, ministro de Negocios extranjeros del gobierno de la defensa nacional, provisto de poderes regulares, se han estipulado y fijado las convenciones siguientes:

ARTÍCULO PRIMERO.

Un armisticio general en toda la línea de operaciones militares en via de ejecucion entre los ejércitos alemanes y los ejércitos franceses, empezará hoy mismo para Paris y dentro de tres dias para los departamentos; la duracion del armisticio será de veinte y un dias, á contar de hoy, de modo que, salvo renovacion ulterior, el armisticio terminará en todas partes el 19 de febrero á las doce del día.

Los ejércitos beligerantes conservarán sus posiciones respectivas, que separará una línea de demarcacion. Esta línea partirá del Pont-l'Éveque, sobre los lados del departamento de Calvados, se dirigirá sobre Lignieres, al nord-este del departamento de la Mayenne, pasando sobre Briouze y Fromentet; tocando el departamento de la Mayenne en Lignieres, seguirá el límite que separa este departamento del de la Orne y de la Sarthe, hasta el Norte de Morannes, y continuará de modo que deje á la ocupacion alemana los departamentos de la Sarthe, Indre-et-Loire, Loir-et-Cher, del Loiret, de la Yonne, hasta el punto en que, al Este de Quarré-les-Tombes, se tocan los departamentos de la Cote-d'Or, de la Nièvre y de la Yonne. A partir de este punto, el trazado de la línea se reserva á un acuerdo que tendrá lugar tan luego estén informadas las partes contratantes de la situacion actual de las operaciones militares en ejecucion en los departamentos de la Cote-d'Or, del Doubs y del Jura. En todo caso, atravesará el territorio compuesto de estos tres departamentos, dejando á la ocupacion alemana los departamentos situados al Norte, y al ejército francés los situados al Mediodía del territorio.

Los departamentos del Norte y del Pas-de-Calais, las fortalezas de Givet y de Langres, con el terreno que las rodea á una distancia de 40 kilómetros, y la península del Havre una línea tirada de Etretat, en direccion de San Romain, quedará libre de la ocupacion alemana. Los dos ejércitos beligerantes y sus avanzadas permanecerán á una distancia de 40 kilómetros al menos de las líneas trazadas para separar sus posiciones.

Cada uno de los ejércitos se reserva el derecho de mantener su autoridad en el territorio que ocupa, y emplear los medios que sus comandantes juzgaren necesarios para lograr este objeto.

El armisticio se aplica igualmente á las fuerzas navales de los dos países, adoptando el meridiano de Dunkerque como línea de demarcacion, á cuyo Oeste estará la flota francesa, y al Este se retirarán, tan luego puedan ser advertidos, los buques de guerra alemanes que se encuentren en las aguas occidentales. Las capturas que se hiciesen despues de la conclusion y antes de la notificacion del armisticio, serán restituidas, como tambien los prisioneros que pudieran hacerse de una y otra parte, en encuentros que hubieran tenido lugar en el intervalo indicado.

Las operaciones militares en el terreno de los departamentos del Doubs y del Jura y de la Cote-d'Or, como tambien el sitio de Belfort, se continuarán independientemente del armisticio, hasta el momento en que se habrá acordado la línea de demarcacion, cuyo trazado á través de los dichos departamentos se ha reservado á un acuerdo ulterior.

ARTÍCULO 2º

El armisticio convenido de este modo tiene por fin de

permitir al gobierno de la defensa nacional convocar una Asamblea libremente elegida, que se decidirá sobre la cuestion de saber: si debe continuarse la guerra ó á qué condiciones debe hacerse la paz.

La Asamblea se reunirá en la ciudad de Burdeos. Los comandantes de los ejércitos alemanes prestarán todos los medios para la eleccion y reunion de los diputados que la compondrán.

ARTÍCULO 3º

Se entregarán inmediatamente al ejército alemán, por la autoridad militar francesa, todos los fuertes que forman el perímetro de la defensa exterior de Paris, como igualmente su material de guerra. Los pueblos y las casas situadas fuera de este perímetro y entre los fuertes podrán ser ocupadas por las tropas alemanas, hasta una línea que trazarán los comisarios militares. El terreno comprendido entre esta línea y el recinto fortificado de la ciudad de Paris, quedará vedado á las fuerzas armadas de ambas partes. La manera de entregar los fuertes y el trazado de la mencionada línea serán el objeto de un protocolo que se añadirá á la presente convencion.

ARTÍCULO 4º

Durante la duracion del armisticio, el ejército alemán no entrará en la ciudad de Paris.

ARTÍCULO 5º

El recinto será desmantelado de sus piezas de artillería, y las cureñas trasportadas á los fuertes que se designen por un comisario del ejército alemán (1).

ARTÍCULO 6º

Las guarniciones (ejército de línea, guardia móvil y marinos) de los fuertes y de Paris serán prisioneros de guerra, salvo una division de doce mil hombres, que la autoridad militar de Paris conservará para el servicio interior.

Las tropas prisioneras de guerra rendirán sus armas, que se reunirán en los sitios designados y entregadas, segun reglamento, por comisarios, siguiendo el uso establecido; estas tropas permanecerán en el interior de la ciudad, cuyo recinto no podrán franquear durante el armisticio. Las autoridades francesas se comprometen á velar para que todo individuo perteneciente al ejército y á la guardia móvil permanezca consignado en el interior de la ciudad. Los oficiales de las tropas prisioneras serán designados en una lista, que se remitirá á las autoridades alemanas.

A la espiracion del armisticio, todos los militares pertenecientes al ejército consignado en Paris deberán constituirse prisioneros de guerra del ejército alemán, si la paz no se ha concluido hasta entonces.

Los oficiales prisioneros conservarán sus armas.

ARTÍCULO 7º

La guardia nacional conservará sus armas; será encargada de la guardia de Paris y del mantenimiento del orden. Lo mismo será respecto de la gendarmería y tropas semejantes empleadas en el servicio municipal, tales como la guardia republicana, aduaneros y bomberos; la totalidad de esta categoría no excederá de 3,500 hombres.

Todos los cuerpos de francos-tiradores quedarán disueltos por un decreto del gobierno francés.

ARTÍCULO 8º

Inmediatamente de la firma de la presente convencion, y antes de la toma de posesion de los fuertes, el comandante en jefe de los ejércitos alemanes dará todas las facilidades á los comisarios que el gobierno francés enviará, tanto á los departamentos como al extranjero, para preparar el abastecimiento y acercar á la ciudad las mercancías que le están destinadas.

ARTÍCULO 9º

Despues de la entrega de los fuertes y del desarme del

(1) En el protocolo, esta condicion del transporte de las cureñas á los fuertes ha sido abandonada por los comisarios alemanes, á peticion de los comisarios franceses.

recinto y de la guarnicion estipuladas en los artículos 5º y 6º, el abastecimiento de Paris se operará libremente por la circulacion de las vias férreas y fluviales. Las provisiones destinadas á este aprovisionamiento no podrán tomarse en los departamentos ocupados por las tropas alemanas, y el gobierno francés se compromete á adquirirlas fuera de la línea de demarcacion que rodea las posiciones de los ejércitos alemanes, á menos de autorizacion contraria dada por los comandantes de estos últimos.

ARTÍCULO 10.

Toda persona que quiera salir de Paris deberá proveerse de permisos regulares librados por la autoridad militar francesa y sometidos al visto bueno de las avanzadas alemanas. Estos permisos se concederán de derecho á los candidatos á la diputacion provincial y á los diputados de la Asamblea.

La circulacion de personas que hayan obtenido la autorizacion indicada, no se admitirá mas que entre las seis de la mañana y las seis de la tarde.

ARTÍCULO 11.

La ciudad de Paris pagará una contribucion municipal de guerra de la suma de doscientos millones de francos. Este pago deberá quedar hecho antes del décimo quinto día del armisticio. El modo del pago se determinará por una comision mixta alemana y francesa.

ARTÍCULO 12.

Durante el armisticio, no se invertirá nada de los valores públicos que puedan servir de gajes al cobro de las contribuciones de guerra.

ARTÍCULO 13.

La importacion en Paris de armas, de municiones ó de materias propias á su fabricacion, quedará prohibida, durante el armisticio.

ARTÍCULO 14.

Se procederá inmediatamente al cangeo de todos los prisioneros de guerra que han sido hechos por el ejército francés desde la ruptura de las hostilidades. Con este objeto, las autoridades francesas remitirán, al mas breve plazo, las listas nominativas de los prisioneros de guerra alemanes, á las autoridades alemanas en Amiens, en el Mans, Orleans y Vesoul. La libertad de los prisioneros alemanes se efectuará en los puntos mas cercanos de la frontera. Las autoridades alemanas remitirán en cambio, en los mismos puntos y en el mas breve plazo posible, un número idéntico de prisioneros franceses; de grados correspondientes, á las autoridades militares francesas.

El cambio se extenderá á los prisioneros de condicion particular, tales como capitanes de la marina mercante alemana y los prisioneros franceses civiles que han sido internados en Alemania.

ARTÍCULO 15.

Se organizará entre Paris y los departamentos, un servicio postal para las cartas abiertas, por la mediacion del cuartel general de Versalles.

En fe de lo cual, los firmantes han puesto sus firmas y sellos en las presentes convenciones.

Hecho en Versalles, el veinte y ocho de enero de mil ochocientos setenta y uno.

Firmado: JULIO FAVRE.

BISMARCK.

Sitio de Paris.

LA CASA ABANDONADA.

Nada mas triste que la situacion de los habitantes de las aueras que por causa de la guerra se han refugiado en Paris con los pocos efectos que pudieron reunir á toda prisa. Bien ó mal se instalaron en el primer cuarto

que pudieron hallar, en medio de los restos de sus muebles. El carro que huía de la invasión de los bárbaros se vació precipitadamente y la habitación parecía un caos.

Empero los días suceden á los días mezclados de esperanzas y desfallecimientos; la vida va recobrando su aspecto ordinario, y en el desastre general se comienza á sentir todo el peso de la desgracia propia. Falta algo que en vano se busca: son las antiguas costumbres que jamás pueden reemplazarse, y ellas traen consigo el recuerdo y la nostalgia, dos tristes figuras envueltas en lúgubres sudarios.

Cada uno de los refugiados, rico ó pobre, echa de menos su casa y sus árboles, y todos se proponen hacer una visita á su casa y á su jardín, á su tienda ó á su misero cuarto de aldea que han tenido que abandonar, y aun cuando en esa visita se expongan á recibir alguna bala prusiana.

Este deseo se apoderó de nosotros días pasados.

No podíamos leer ni escribir; nuestra pluma se detenía en medio del renglon esperando á que el entendimiento la guiara, pero la cabeza estaba en otra parte.

Y sin embargo, nos habíamos propuesto no salir de Paris hasta que el prusiano estuviera lejos. Pero no hubo mas remedio que ceder á la tentacion y nos pusimos en marcha.

Salimos, pues, á nuestra expedicion con nuestro compañero ordinario.

Dejando la avenida Maillot en el bosque de Boulogne, obstruida por las barricadas, llegamos á la de Longchamp por vias laterales casi desiertas por donde circulaban los soldados.

Únicamente algunos ladridos de los perros inquietos y sorprendidos á nuestro paso, turbaban el silencio. De tiempo en tiempo se oía algun tiro á un gorrion, y á lo lejos resonaban los redobles de una escuela de tambores.

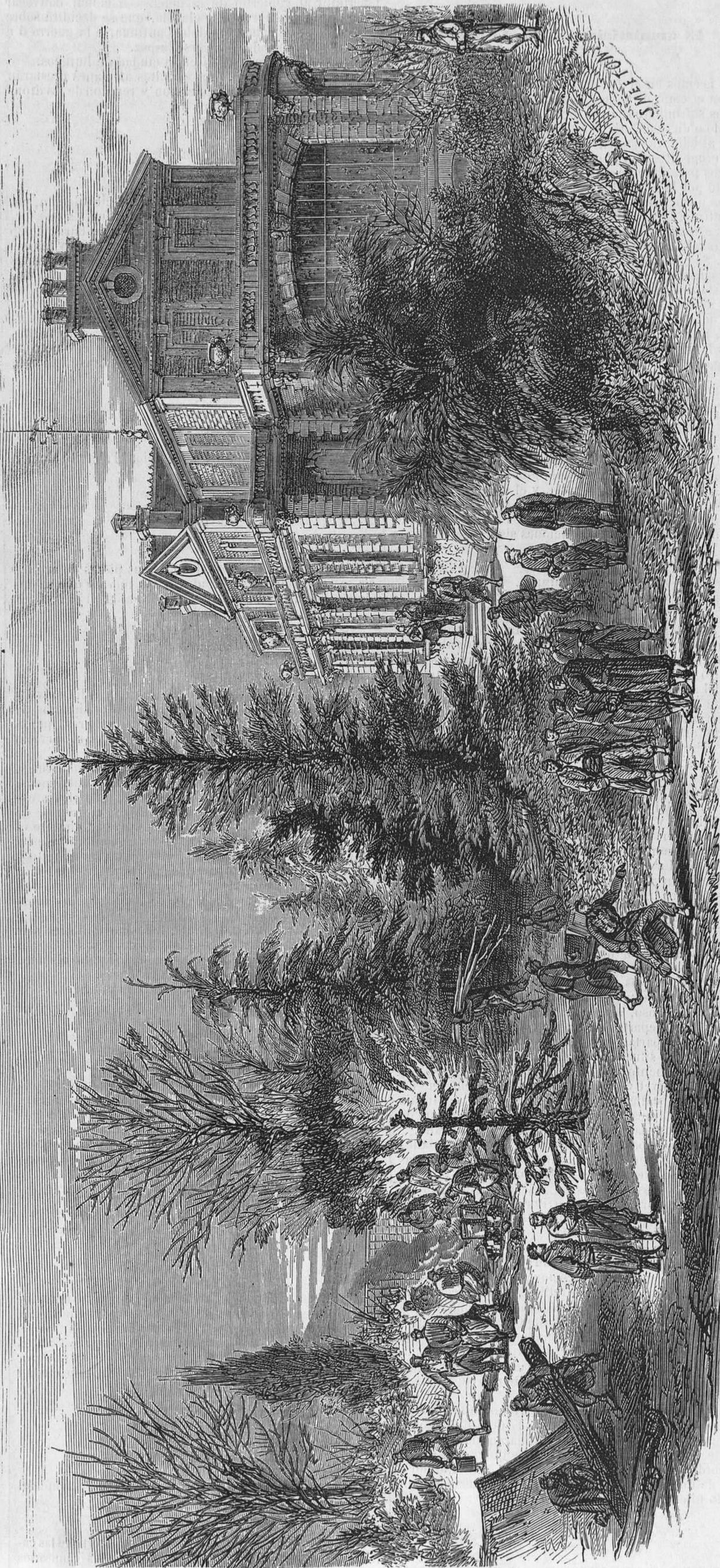
Por fin llegamos delante de nuestra casa.

Por fuera no se advertía cambio ninguno. La cabeza de la Victoria del Partenon que figura vaciada en yeso en un nicho circular pintado de encarnado en la pared de nuestro taller, continuaba en su puesto, fuerza soberbia de la forma, *vis superba formæ*, inmortal ideal de belleza, divinidad tutelar de la pobre casa. Había una ventana abierta, como si en aquella vivienda existiera todavía algun habitante. Nos pareció buena señal. Llamamos, abrió el jardinero y entramos con el corazon conmovido en aquella casa tan pequeña como la de Sócrates y que no había sido difícil llenar de amigos.

Cuando se penetra en una casa abandonada hace algun tiempo, parece que siempre se incomoda á alguien. Huéspedes invisibles se han instalado allí en nuestra ausencia y se retiran inmediatamente; se cree ver en el umbral de las puertas el último pliegue de su ropaje que desaparece. La soledad y el abandono hacían juntos algo que se interrumpe. A vuestro aspecto los espíritus que cuchicheaban se callan, la araña suspende su trabajo; se hace un silencio profundo, y el eco de los pasos tiene un sonido extraño en los cuartos vacíos.

No descubrimos ninguna avería. Nadie había entrado allí: el modesto asilo del poeta había sido respetado.

Sobre la chimenea de nuestro cuarto había quedado abierto un tomo de Alfredo de Musset, y de la pared colgaba la copia comenzada de una cabeza de Richard por nuestra hija, que está bien lejos... Un pomito de aromas destapado se evaporaba sobre su tocador de mármol blanco y esparcía su suave perfume en aquel



DEFENSA DE PARIS. — Casa de campo en las avanzadas francesas.

cuartito. Subimos al taller que arreglamos para una obra larga, que quizás no se acabará nunca. Entonces recordamos este gran aforismo de la sabiduría oriental: « Cuando está la casa concluida entra en ella la muerte. » La muerte es el desastre. Una profunda melancolía se apoderaba de nuestra alma mirando aquellos lugares en que hemos soportado la vida tal cual es, mezclada de bienes y de males, con mas males que bienes, en donde han pasado días que no volverán, y que han visitado muchos seres queridos que salieron ya para el eterno viaje. Allí, en nuestra humilde esfera, sentimos algo de análogo á la tristeza de Olimpio...

El tiempo adelantaba y era preciso acordarse de que las puertas de París se cierran á las cinco.

Antes de salir de nuestra humilde casa abandonada fuimos á dar una vuelta por el jardín. Comenzaba á caer el crepúsculo de la tarde, el viento movía las hojas mojadas y los árboles temblaban y se estremecían como de frío. Algunas dalias acababan de marchitarse, y un mirlo bien conocido voló bruscamente delante de nosotros como si hubiese querido saludarnos. Dos formidables cañonazos enviados como á guisa de buenas noches

á los reductos alemanes por el Monte Valeriano, no espantaron al pajarillo, sin duda acostumbrado ya á las terribles detonaciones.

Ese mismo mirlo que se anida por la primavera en la yedra del muro, silba con aire burlon cuando pasa por nuestra ventana, como si leyera lo que escribimos.

TEÓFILO GAUTIER.

Vamos mas adelante.

La elocuente elegía que precede no pinta mas que la casa abandonada, pero pasando ese primer limite se encuentra otra cosa mas triste todavía. Despues de la casa abandonada se extiende la frontera de la defensa, y allí, bajo el fuego del enemigo, se halla la casa de las avanzadas.

Es la que representamos.

A su aspecto se puede conocer que no tiene nada de abandonada, sino que la ocupan soldados que la han

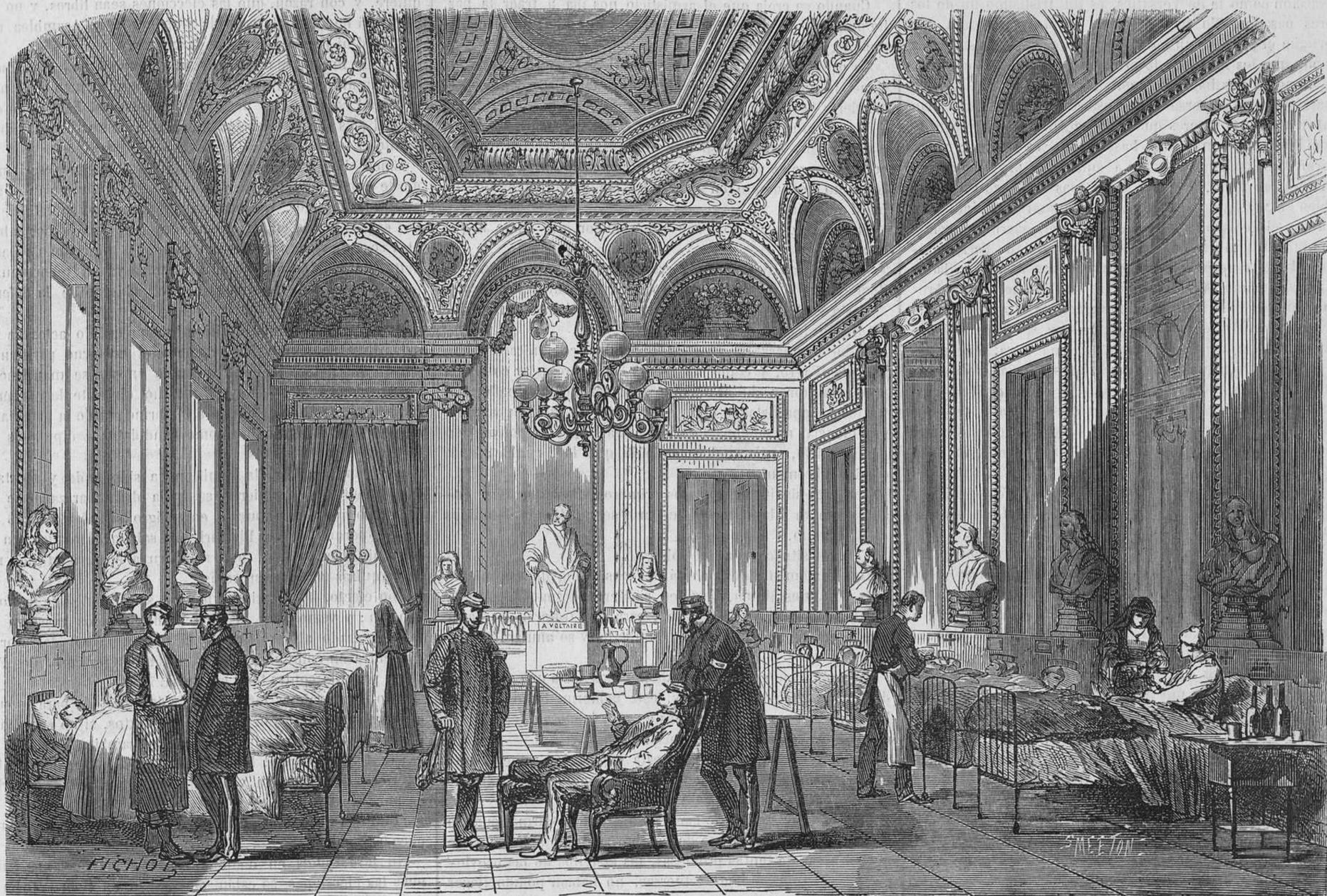
convertido en cuartel y se acampan en ella lo mismo que en pais conquistado.

La casa abandonada solo está triste por su soledad; mañana encontrará otra vez la vida con sus acostumbrados habitantes; pero ¿quién puede decir la suerte de la casa de las avanzadas? Mañana quizás las bombas la reducirán á escombros.

Y aun sin que caigan bombas, ¿no es ya digna de lástima esta casa? Todos esos soldados que se guarecen en ella la tratan con una dureza poco digna de la hospitalidad que reciben.

Servíos de ella, soldados, pero no abuseis. Cada una de las heridas que la haceis va derecha al corazón de los que la han edificado *con amor*. Este árbol verde que cortais, como si pudiera daros lumbre, es un árbol exótico muy raro y que quizás no tiene igual en París; esos cueros de Córdoba se han preparado con dibujos inéditos; esos artesanados que arrancais tienen un gran precio, y esos estucos un gran valor artístico...

¡Tristes devastaciones! Seria digno de los soldados franceses dejar al enemigo esos actos de barbarie, que son otras tantas ruinas para el pais, otros tantos dolores



SITIO DE PARIS. — Ambulancia establecida en el salon de recreo del Teatro Francés.

para las familias. Los griegos echaban en cara á los soldados de Mumio que ni siquiera comprendían las obras maestras de escultura que mutilaban en Corinto. No imiteis á los griegos de nuestra civilización, á los ignorantes legionarios de Mumio. Basta de mutilaciones; los defensores de París deben saber que están llamados á salvar la ciudad de las maravillas.

H. V.

La ambulancia del teatro Francés.

A las primeras noticias de la marcha de los prusianos en dirección á París, en los primeros días en que la gran ciudad se disponía á sufrir un sitio, el teatro Francés, cerrado por orden del gobierno, trató de hacerse útil á

la causa comun. Si la desgracia de los tiempos imponía silencio á sus representaciones y suspendía las fiestas del genio literario de la Francia, la comedia francesa quiso que su teatro, que cesaba de ser el lugar de los privilegiados goces de la inteligencia, se convirtiese en refugio de los gloriosos heridos de las batallas de París.

Por iniciativa de su director M. Thierry y del personal que le rodea, se organizó inmediatamente una ambulancia en las construcciones del teatro. El desinterés y la caridad secundaron tan noble proyecto. El teatro sacó de su caja, los actores y los empleados abandonaron generosamente una parte del sueldo, y esto, reunido á las ofrendas particulares, constituyó los fondos á cuyo beneficio pudieron establecerse siete camas con todos sus accesorios. El servicio medical se compuso de MM. Riche y Denonvilliers en clase de cirujanos, y de MM. Coqueret, Driot, Fournier y Rousseau en clase de médicos.

La caridad hizo surgir una porción de enfermeras entre las artistas; Celimena se quitó su vestido de encajes y de cintas, Emira su corpiño tan maravillosamente bordado, Inés su ropaje de señora sería, Susana su traje de

novia, y así las actrices de Moliere y de Beaumarchais se trasformaron en hermanas. No será este papel el que menos aplauda el público. Reclutado, pues, el personal del teatro, reconoció por vigilantas en las guardias de veinte y cuatro horas á las señoras Magdalena Brohan, Dubois, Favart, Lafontaine, Jouassain y Riquer. ¡Efecto singular de unos tiempos que cambian un teatro en hospital! El episodio debe notarse en la historia del sitio de París, porque verdaderamente las cosas humanas tienen elocuentes contrastes.

En el salon de descanso para el público se instalaron catorce camas.

Este salon se arregló hace dos años de un modo ostentoso con su grandiosa chimenea y su bajo relieve de Lequesne que representa los personajes de la comedia de Moliere con sus bustos, de Corneille, de Rotrou, de Crebillon, de Lachaussee y de Racine, de Dufresny, de Destouches, de Regnard con su estatua de Voltaire sentado, de Houdon. Es mas que un salon, es un museo de las glorias dramáticas de Francia.

La galería que continúa al salon mirando á la calle de Richelieu, con sus mármoles de Danecourt, de Lesage,

de Beaumarchais, de Belloy y de Musset, ha recibido un destino análogo: cada cama tiene su busto como un dios protector.

Ahora bien; este panteón ha venido á ser un lecho de dolor, y si los mármoles, esa carne de la eternidad, toman una voz, como dicen los poetas antiguos, que hablen pues y que maldigan á nombre de la soberanía de la paz y de la inteligencia, la tiranía de la guerra y de sus horrores. S.

Revista de Paris.

Paris continúa sumido en el estupor de su inmensa desgracia: una calma general reina aparentemente en los espíritus, y en la superficie de esta colosal población, no parece dominar otro sentimiento que el del desaliento que sucede siempre á la pérdida de grandes esperanzas: ver coronados cuatro meses y medio de privaciones de toda clase con una transacción como la de Versalles, es un tristísimo fin de los dolores pasados. No hay reflexión bastante poderosa que amortigüe el peso de un golpe semejante. En vano se dice y se repite que los ejércitos de provincia con que se contaba, lejos de poder auxiliar á la capital, se han alejado de ella desbaratados, en dispersión, en desórden; en vano se echan cuentas sobre los víveres que alcanzaban con una precisión matemática, nada mas que hasta el día en que por efecto del armisticio podían comenzar á entrar las provisiones del extranjero; en vano, por fin, como mas triste, se murmura también en voz baja de la tropa y de la guardia móvil, y se niega que el gobierno tuviera derecho para sacrificar veinte ó treinta mil hombres de la guardia nacional de Paris, animada del mejor espíritu y que pugnaba por entrar en batalla; pues ninguna consideración de esta índole hace sobre llevar con paciencia la intensa amargura de la catástrofe.

Graves, gravísimos son los cargos que se dirigen al gobierno por haber esperado hasta la última hora, digámoslo así, para declararnos que la falta de subsistencias imponía la rendición de los fuertes, que equivale á la de Paris; por haber asegurado que la provincia en masa venía á nosotros hablándonos de ejércitos que en su conjunto ascendían á un millón de hombres, así como también por aquella fatal seguridad en que debía vivir cuando nos afirmaba con palabras solemnes que no capitularía, que era preciso sufrir y combatir, de cuyo modo vendría á ser infalible la victoria.

Y esto no solo se dijo á principios del sitio, sino en los postreros días, cuando ciertamente se debía pensar ya en los tratos de Versalles, y á punto que los defensores de Paris esperaban que había llegado la hora en que se iba á emprender la gran salida tan deseada que hubiera sido el honor de la defensa, si no la salvación de la capital, aunque por nuestra parte nos negáramos siempre á creer que trescientos ó cuatrocientos mil hombres, sean incapaces de romper las líneas prusianas. Con ello contaban los parisienses y esta satisfacción les ha sido rehusada por el gobierno después de las promesas mas formales.

Es falta que nunca se olvidará, y no creemos que las explicaciones que los gobernantes deben al país dejen convencido á nadie.

Justamente esta semana se ha proporcionado la ocasión de oír como un preludio de esas explicaciones reservadas á la Cámara que el 12 del presente se reunirá en Burdeos.

El sábado último un nuevo periódico publicaba dos documentos de la delegación gubernamental de la provincia, que cayeron en Paris con mas estrépito que todas las bombas que nos han arrojado los alemanes.

Era el primero una proclama del ministro del Interior y de la Guerra, M. Gambetta, en la que anunciaba á la Francia la rendición de los fuertes de Paris, rendición ocasionada no por ningun ataque á viva fuerza, sino por el hambre.

Empero á vuelta del tributo que Gambetta pagaba al heroísmo de una población que ha pasado cinco meses en las privaciones y los sufrimientos, nos anunciaba que la Francia tiene en su mano todo cuanto necesita, para vengar á la capital y para alcanzar el triunfo definitivo.

Contando con tales recursos el ministro delegado, deplora amargamente que se haya firmado con culpable ligereza, un armisticio en cuya virtud se entrega á las tropas prusianas los departamentos ocupados por el enemigo, y que impone á la Francia la obligación de permanecer tres semanas con los brazos cruzados, sino es para cuidarse de las elecciones á la Asamblea.

A juicio de Gambetta esta combinación no es mas que una perfidia de los enemigos de la Francia.

« La Prusia, dice, cuenta con el armisticio para enervar y disolver nuestros ejércitos; la Prusia espera que una Asamblea reunida tras tantos desastres y bajo la espantosa rendición de Paris, será necesariamente dócil para sufrir una paz afrentosa.

» Ahora bien, de vosotros depende que aborten tales cálculos, y que los mismos instrumentos preparados para sofocar el espíritu de resistencia, le exciten y le exalten. Hagamos del armisticio una escuela de instrucción para nuestras jóvenes tropas; empleemos las tres semanas en organizar con mas ardor que nunca la defensa y la guerra, y en vez de la cámara reaccionaria y cobarde que sueña el extranjero, instalemos una Asamblea verdaderamente nacional, republicana, que quiera la paz, si la paz asegura la honra, el rango y la integridad de nuestro país, pero que también sea capaz de querer la guerra y se halle dispuesta á todo antes que contribuir al asesinato de la Francia. »

La proclama concluye con un fogoso llamamiento á los franceses amantes de la integridad de la patria, y confía en que el enemigo tendrá que renunciar á mutilar la Francia, porque no habrá un solo francés que se atreva á firmar el pacto infame

Con este documento publicó el mismo periódico un decreto relativo á las elecciones, y en cuya virtud se excluía de la elección á la Asamblea á todos los que han servido al imperio y han figurado en las distintas legislaturas desde el 2 de diciembre hasta el 4 de setiembre de 1870.

Ya lo hemos dicho: la proclama de Gambetta estalló en Paris produciendo una sensación inmensa.

Cuando se creía que el armisticio nos iba á traer la paz, hé aquí que la delegación de Burdeos nos anuncia la continuación de la guerra.

La prensa apenas podía dar crédito á la autenticidad de semejante proclama; ¿qué voz era esa tan discordante en el concierto pacífico á que el gobierno de Paris nos convidaba?

Diarios muy serios la calificaban de mistificación electoral, y decían que era preciso que sus autores tuviesen en muy poco la sensatez parisiense para atreverse á dar como fidedigno un documento en donde no había una sílaba que no fuera apócrifa.

Sin embargo, el gobierno sabía mejor que nadie á qué atenerse.

La proclama era cierta y grande era el apuro en que ese llamamiento á las armas ponía á los gobernantes parisienses.

Hasta en Versalles tuvo un eco terrible el grito del ministro de Burdeos.

M. de Bismark se puso al punto en comunicación con M. Jules Favre, y como no le era dado protestar contra la proclama, aprovechó el decreto de exclusión fulminado contra los bonapartistas y dijo, que si no se anulaba aquella providencia, no se consideraría ya ligado por la convención de armisticio, en la cual se estipuló que la Asamblea sería elegida libremente.

Con esto significaba que los primeros víveres que se encontraban ya á las puertas de Paris se quedarían detenidos en el camino.

Terrible situación la del gobierno.

Inmediatamente despachó á Burdeos á uno de sus miembros, M. Jules Simon, á quien siguieron después M. Arago, M. Garnier Pagés y M. Pelletan, para que trataran de hacer oír la voz de la razón á M. Gambetta y se anulara el decreto.

Además, como el delegado de Burdeos hacía una acusación directa á sus colegas de Paris, este gobierno tomó también la palabra y expuso las razones en que fundó su determinación de poner fin á la resistencia.

Larga y bastante difusa es esta explicación, que, como antes apuntamos, puede considerarse como el preludio de las que debe al país y á la Asamblea.

Principia por decir que Paris ha depuesto las armas cuando estaba á punto de morir de hambre, y cuando había visto que, á pesar de tantas promesas, los ejércitos de las provincias, al cabo de heroicos esfuerzos, no habían podido llegar en nuestro socorro.

« Paris, dice el gobierno, se ha resignado á las privaciones mas crueles: ha aceptado la ruina, ha soportado las enfermedades y durante un mes el bombardeo, que ha causado tantas víctimas entre las mujeres y los niños. Desde hace mes y medio los 300 gramos de mal pan que se distribuyen á cada habitante apenas bastan para conservar la vida. Y cuando vencida así por la mas inexorable necesidad, la gran ciudad se detiene para no condenar á dos millones de ciudadanos á la mas horrible catástrofe, cuando aprovechando el resto de sus fuerzas trata con el enemigo para no tener que rendirse á discreción, se acusa de culpable ligereza al gobierno de la defensa nacional, se le denuncia y rechaza. Que la Francia nos juzgue á nosotros y á los que ayer nos colmaban de testimonios de amistad y de respeto y hoy nos insultan. »

El gobierno, después de manifestar que no contestaría á tales ataques si el deber no se lo impulsara, pasa á hacer la historia de sus negociaciones secretas con el enemigo.

Repite su eterno argumento que no se decidió á tratar sino cuando ya no había víveres mas que para diez días, y que lo que se propuso ante todo fué no usurpar ningun derecho, sino reservarle á la Francia la entera libertad de disponer de su destino.

Mucho tuvo que combatir para obtener del enemigo el reconocimiento de su soberanía, así como también para conservar á la guardia nacional su libertad y sus armas,

condición que no pudo conseguirse para la guardia movilizada y el ejército.

Seis días luchó palmo á palmo cuando la población de Paris ignoraba y debía ignorar su verdadera situación, y cuando arrastrada por un generoso ardor quería seguir combatiendo.

La convención del 28 de enero no ha comprometido ningun interés, y solo Paris ha sido sacrificado; pero Paris no murmura, antes bien rinde homenaje al valor de los que han peleado en los departamentos para socorrerle, y ni siquiera acusa al que hoy se muestra tan injusto y temerario, al ministro de la Guerra que detuvo al general Chanzy cuando quería ponerse en marcha hácia la capital y le dió orden de retirarse detrás del Mayenne.

El gobierno confiesa con toda sencillez que todo era inútil y que Paris debía sucumbir como ha sucumbido.

¡Qué contraste con las repetidas afirmaciones de todos sus escritos de época anterior!

Nuestros lectores conocen todas aquellas seguridades y no tenemos necesidad de repetir las.

Esta contradicción tan formal, tan terminante no tiene explicación, ni justificación, ni excusa.

La proclama concluye anatematizando el decreto de la delegación de Burdeos contra las candidaturas bonapartistas; quiere, y con razón, que las elecciones sean libres, y no reconoce á nadie el derecho de imponer á la Asamblea una voluntad ni por la paz ni por la guerra.

« Una nación atacada por un enemigo poderoso lucha hasta la última extremidad; pero siempre es juez de la hora á la cual cesa de ser posible la resistencia. Esto es lo que dirá el país con las elecciones del 8 de enero, hechas libremente »

Cinco días han pasado ya á la hora en que escribimos desde que el gobierno de Paris dió esta contestación al gobierno de Burdeos, y la historia de lo ocurrido en este tiempo, está envuelta en tal oscuridad que apenas hemos sabido otra cosa que su desenlace, esto es, la dimisión de Gambetta, fundada en que no se encuentra ya en mancomunidad de ideas y de esperanzas con el gobierno de la defensa nacional.

Sin embargo, á esta dimisión han precedido actos de insubordinación contra las órdenes del gobierno parisiense, puesto que hemos leído otro decreto en que se mantiene la eliminación de los bonapartistas, no obstante las órdenes recibidas y se hace extensiva á los príncipes de la familia de Orleans que se presentan como candidatos á diputados en distintos departamentos.

Sea como quiera, la dimisión ha sido dada y aceptada oficialmente, y el gobierno se halla desembarazado de un obstáculo que había puesto en peligro su obra del 28 de enero, porque M. de Bismark ha sabido introducir en el convenio una palabra, una sola, cuya elasticidad nos reserva quizás muchas sorpresas.

Con efecto, las elecciones han de ser libres, dice la convención; y vemos que el decreto de Burdeos exaspera en tan alto grado al canciller de la Confederación del Norte, que entra en comunicaciones con Gambetta y con Jules Favre y protesta contra toda cortapisa.

¿No invocará mas tarde la falta de libertad, para lo cual siempre se encontrarán razones ó pretextos, si no convienen á sus miras las determinaciones de la Asamblea?

¡Triste espectáculo! La Prusia interviniendo en los asuntos interiores de la Francia y forjándose armas para decidirlos después si la conviene.

¿Qué nos reserva el porvenir en una situación tan complicada y nebulosa?

No tardaremos en distinguir alguna luz que nos guíe; pues las elecciones se están efectuando en toda Francia y dentro de un par de días sabremos ya en qué sentido se ha pronunciado el sufragio universal que funciona esta vez por la voluntad de S. M. el emperador de Alemania, rey de Prusia.

En Paris se cree asegurada la paz; pero ¿cuál es el espíritu de los departamentos?

En este punto nada podemos decir á nuestros lectores. El gobierno parece haberse encerrado sistemáticamente en un silencio absoluto, y los obstáculos que ponen los prusianos á la introducción en esta capital de todo diario departamental ó extranjero nos tiene sin noticias.

Cierto es que á pesar de su vigilancia, llega de cuando en cuando algun periódico que descubre algun tanto el horizonte provincial, y nos aparecen agitaciones y disturbios que no están de acuerdo con la calma de Paris; pero esto no basta para formar un juicio exacto de la situación, y por lo tanto no caben apreciaciones que sin conocimiento de causa son siempre aventuradas.

Esperemos, pues, el resultado de las elecciones, que será el primer indicio de lo que nos espera en un porvenir ya bien próximo.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

Á LA LUNA.

I.

Astro de luz divino y esplendente,
Que haces sentir la calma de la vida
Y renacen en mi ya consumida
La imágen del amar.

Y tu mirada cándida, inocente,
Reflejo de una virgen, la hermosa
Imitando en su blanca vestidura
La virgen del altar.

II.

Recuerdo á tu luz hermosa
Mis fantásticos placeres,
Y la noche venturosa
Que la ví.

Y recuerdo con tristura
Mi juventud marchitada,
Y en el sueño de la nada
Que existí.

III.

Y en ver la calma que un día
Sin conocerla gozaba;
Cuando mi vida corria,
Cual se derrama la lava:
Cuando volaba inconstante
Entre lúbricas pasiones;
Y al deseo derrocante
De las báquicas canciones:
Y entre el humo de una orgía,
Y el besar de una mujer,
Con estúpida alegría
Disfrutaba con temer:
Al morir al ver la vida,
Al sentir su calma pura,
Al recordar la ternura
Que entre placeres se olvida:
Mi vida con su imágen marchitada,
Como flor que se troncha en su nacer:
Mirando en el abismo de la nada,
Hallé mi juventud y mi piacer.

M. DE B.

TU RISA.

Blanda esa risa por tu faz resbala
Cual aura que festiva, y licenciosa
Besa, al pasar, una encendida rosa
Haciéndola oscilar.

Ríe, *Luisa*, tu rostro candoroso
Al través de un purpúreo y blanco velo,
Como ríe el cristal de un arroyuelo
Con su plácido ondear.

Tan leve como el hálito que exhalas
Por tu faz se columpia la sonrisa,
Como la vaga, y matutina brisa,
Se mece en un clavel.

Y pasa, y torna, y desaparece luego,
Cual bella exhalación entre fulgores,
Cual se pierde bullendo entre las flores,
La fuente del vergel.

Tu risa es cual el vapor
De aire y ambares formando
Que rodea linda flor,
Ya aéreo se ha disipado,
Ya te circunda en redor.

Es cual la aurora lucida
Cuando se asoma en Oriente
Con franjas de oro vestida,
Es la hermosísima fuente
De donde mana la vida.

Es un soplo divinal
Que hácia tu faz, de tí amante,
Espiró un sér celestial;
Es la luz que vacilante
Reverbera en el cristal.

Episodios históricos.

EDUARDO SPENCER.

I.

LOS DOS CONDÍSCIPULOS.

En una mañana del mes de marzo de 1583, bajaba del palacio de Saint-James un hombre con sencillez y subía á él otro hombre vestido con elegancia. Cuando se encontraron exclamaron ambos á la vez:

— ¡Eduardo Spencer!

— ¡Walter Raleigh!

Apretáronse afectuosamente la mano los dos discípulos de la universidad de Cambrigde.

— ¿A dónde vas? preguntó Eduardo.

— A la corte. ¿Y tú? contestó Walter.

— Yo, la dejo.

— ¿Y por qué? ¿Te ha fastidiado ya la política, á tí secretario de lord Grey de Wilton?

— ¿Por qué, preguntas? porque el aire que en ella se respira enerva la imaginación y corrompe la conciencia; porque es preciso que uno aplauda las acciones que en su interior reprueba; que ensalce los crímenes que detesta; que encadene su genio y que selle sus labios; en fin estoy cansado de mentir y de humillarme.

— Y yo, interrumpió Walter, lo estoy de vegetar entre los bosques de Devonshire, como una planta silvestre; lo estoy de mirar al mundo á través de las rejillas de un antiguo castillo. Necesito intrigas que manejar, enemigos que combatir, rivales que vencer y las emociones de los torneos y de los campos de batalla. Quiero enriquecerme como Leicester, hacerme ilustre como Burleigh y temible como Norfolk.

— ¿Y morir como él, no es verdad, Walter? ¡Pobre loco! Adios, enemigo mío. La reina me ha regalado, en recompensa de mis servicios el castillo de Kilcoman, confiscado á la familia del desgraciado conde de Desmond. Está situado en las riberas de la Mulla, al pié de la montaña de la Molle, *cuya cima es tan blanca como la nieve*. Viviré en ese rincón de Irlanda, oscuro como un puritano é independiente como un águila.

Walter se encogió de hombros.

— ¡Mira lo que haces, Eduardo! el árbol de los Desmonds ha dejado en Irlanda muchos retoños que el hacha de Isabel no ha podido cortar, y la independencia es madre de la pobreza.

Spencer se sonrió.

— No echas tampoco en olvido, Walter, que el favor de que disfrutaban los cortesanos es muy efímero, y que la torre de Lóndres no está lejos del palacio Saint-James.

— ¡Veremos! dijo Walter.

— ¡Veremos! repitió Spencer.

Los dos amigos se apretaron de nuevo la mano experimentando al mismo tiempo una especie de tristeza involuntaria; luego se separaron afectados de una predicción, que tal vez el tiempo debía cambiar en realidad.

II.

EL CASTILLO DE KILCOMAN.

Entre dos montañas de Irlanda se elevaba en el siglo XVI, un castillo flanqueado por cuatro torreones, sobre los cuales había impreso el tiempo aquel venera-

ble orin, que es la ejecutoria de nobleza de los monumentos antiguos. En aquel país fecundo en revoluciones, cada piedra tenía su historia; el castillo de Kilcoman tenía la suya; y poco tiempo antes de la época á que se refiere el triste episodio que referimos, se había representado á la vista de sus murallas un drama sangriento.

El conde Desmond había sido uno de los principales motores de la insurrección que estalló en Irlanda en 1582; vencido con ella, fué muerto cerca de Kilcoman por un soldado inglés y enviada su cabeza á Isabel, como prueba de la derrota de los rebeldes; mandó esta princesa que se colocase en el puente de Lóndres. Sus bienes fueron confiscados y dado su castillo á un poeta joven y elegante. Eduardo Spencer no vaciló en enriquecerse con los sangrientos despojos del conde de Desmond; y debajo de las bóvedas de Kilcoman solo se oyeron resonar las antiguas baladas de los trovadores. Desterrados de los campos paternales los herederos del desgraciado conde se refugiaron en los bosques mas inaccesibles de Irlanda; y cuando el célebre Tyrone sublevó aquel país fomentando la gigantesca insurrección que casi derribó el trono de Isabel, el heredero del primitivo señor de Kilcoman, desenvainó la enmohecida espada de su padre y puso sitio á la morada de sus abuelos.

Protegido por su posición y defendido por la naturaleza, Kilcoman era casi inexpugnable; pero solo estaba custodiado por cuatro ó cinco criados acostumbrados á llevar una vida pacífica y cuya asistencia en aquel momento era mas embarazosa que eficaz. Sin embargo Eduardo Spencer defendió con intrepidez aquellos muros, que habían conocido otro dueño; pero sus esfuerzos fueron infructuosos é inútil su resistencia, porque los insurgentes arrojaron hachones encendidos al castillo.

Spencer contempló por un momento las lenguas ardientes del incendio, que corrían locamente desde los cimientos hasta la cúspide de los torreones y azotaban las paredes que reducían á cenizas; luego dirigió sus miradas hácia una hermosa y joven mujer, que pálida y llorosa estaba refugiada á sus piés.

— ¡Todo se ha perdido! exclamó; no nos queda mas recurso que el de dirigir nuestras súplicas al cielo, para morir en gracia de Dios.

— ¡Morir! murmuró con trémula voz la irlandesa; ¡oh! pero no, Eduardo, me dices eso para asustarme. ¿Qué hemos hecho nosotros para que los amotinados nos asesinen? ¿Qué les importa la vida de una mujer y la de un poeta? ¿Somos nosotros acaso los que los han agobiado á fuerza de contribuciones? Somos nosotros acaso los que han paseado la fatal cuchilla por sus montañas y los que han firmado las leyes de sangre que los oprimen?

— ¡Pobre mujer! replicó el poeta fijando en ella una mirada de estóica resignación; y cuando te hayan privado del techo que te abriga; cuando te hayan quitado hasta el último schelling, y nada tengas en el mundo mas que el manto que te cubre, ¿tendrá la vida algun atractivo para tí? y no es mucho mejor morir hoy que arrastrar por doquier una pobreza deshonrosa y heridas incurables?...

La irlandesa clavó en el poeta sus grandes ojos azules.

— No, dijo, un castillo se levanta de nuevo, los bienes se pueden volver á adquirir, pero la muerte no se repara jamás. Aunque los irlandeses se apoderen de tí, no podrán arrebatarte la menor parte de tus riquezas. ¡Eduardo, siempre te quedará tu genio!

— ¡Excelente recurso! Shakspeare con todo su genio no ganó para comprarse un par de medias cada seis meses; ¡Bon Jonhson con todo su genio se halla confundido en el día entre los bufones de Isabel!

No bien pronunció Eduardo estas palabras, cuando se abrió estrepitosamente la puerta, y entró un joven irlandés con una espada ensangrentada en la mano.

— ¡Por la sangre de mi padre! exclamó, dirigiéndose al poeta. Mucho tiempo hace que Enrique de Desmond deseaba tenerte frente á frente para decirte: Por espacio de tres años he estado sumido en la miseria, mientras que tú disfrutabas de mis bienes; he dormido sobre la nieve y tú te calentabas á mi chimenea; he mendigado, he robado, he maldecido á Dios, y tú entre tanto hacías retumbar en las bóvedas de mis abuelos los sonidos de una lira vendida á la tiranía. Toma tu alforja y tu bastón, Eduardo Spencer, cumpliósese mi misión, la tuya empieza ahora.

El poeta retrocedió á esta maldición.

— Me río de tus injurias, le contestó, tu padre ha sucumbido á una muerte violenta; pero ni yo he sido el soldado que lo ha asesinado, ni el que ha expuesto su cabeza en el puente de Lóndres. Si me asesinas, cometes un crimen.

Enrique de Desmond lanzó una horrible carcajada.

— Asesinate... ¡oh! no, no. Es forzoso que vivas para que odies mi nombre como yo odio el tuyo, que por tus megillas resbalen lágrimas de fuego; que duermas á la intemperie y sobre la endurecida nieve; que te vea yo pedir una limosna y llevar en pos de tí esos fantasmas de gloria y efímeros recuerdos de tu celebridad.

El irlandés envainó su acero.

— Yo no te asesinaré, le dijo, con risa sardónica, pero tus obras serán sepultadas bajo los escombros de tu castillo; Kilcoman será la tumba de tu genio.

A la sola idea de figurarse Spencer que la colección de las preciosas obras de su talento que se había desenvuelto en Inglaterra con la publicación del *Calendario de Berger, la Reina de las brujas* y otras varias, iban á ser muy en breve el pasto de las llamas, le faltaron las

fuerzas é indudablemente habria sucumbido si no hubiera conocido en los ojos del irlandés que á cuantas humillaciones se hubiese prestado eran del todo inútiles. Convencido de ello presentó la mano á la joven, y atravesó el castillo que ya devoraban las llamas. Apenas llegaron á la montaña la irlandesa cayó desmayada al pié de la roca.

El poeta la estrechó en sus brazos.

— No te aflijas, la dijo, mostrándola un cuaderno de pergamino que ocultaba entre su camisa, mendigaremos hasta nuestra llegada á Londres, pero llevo conmigo *mi emperatriz Marcilla*.

III.

LA LIMOSNA DE UNA REINA.

Eduardo Spencer llegó á Londres la víspera de San Miguel en 1595.

Su larga peregrinación fué sin duda abundante en curiosas particularidades; pero como la historia no las ha indicado, nos contentaremos con decir que el poeta llegó á la capital de Inglaterra tan pobre como cuando salió de Kilcoman, acompañado de la joven irlandesa,



DEFENSA DE PARIS — Talleres del Louvre para la transformación de las armas.
La sala de recibo y de examen.

con los vestidos destruidos, el rostro pálido y cubierto de precoces arrugas que demostraban cuánto había padecido.

Así que Spencer puso el pié en su pueblo natal su tristeza se desvaneció y calculando que sus males iban á concluir, no titubeó un solo instante en dirigirse al palacio de Saint-James sin temer mostrar sus andrajos en una corte brillante y burlesca.

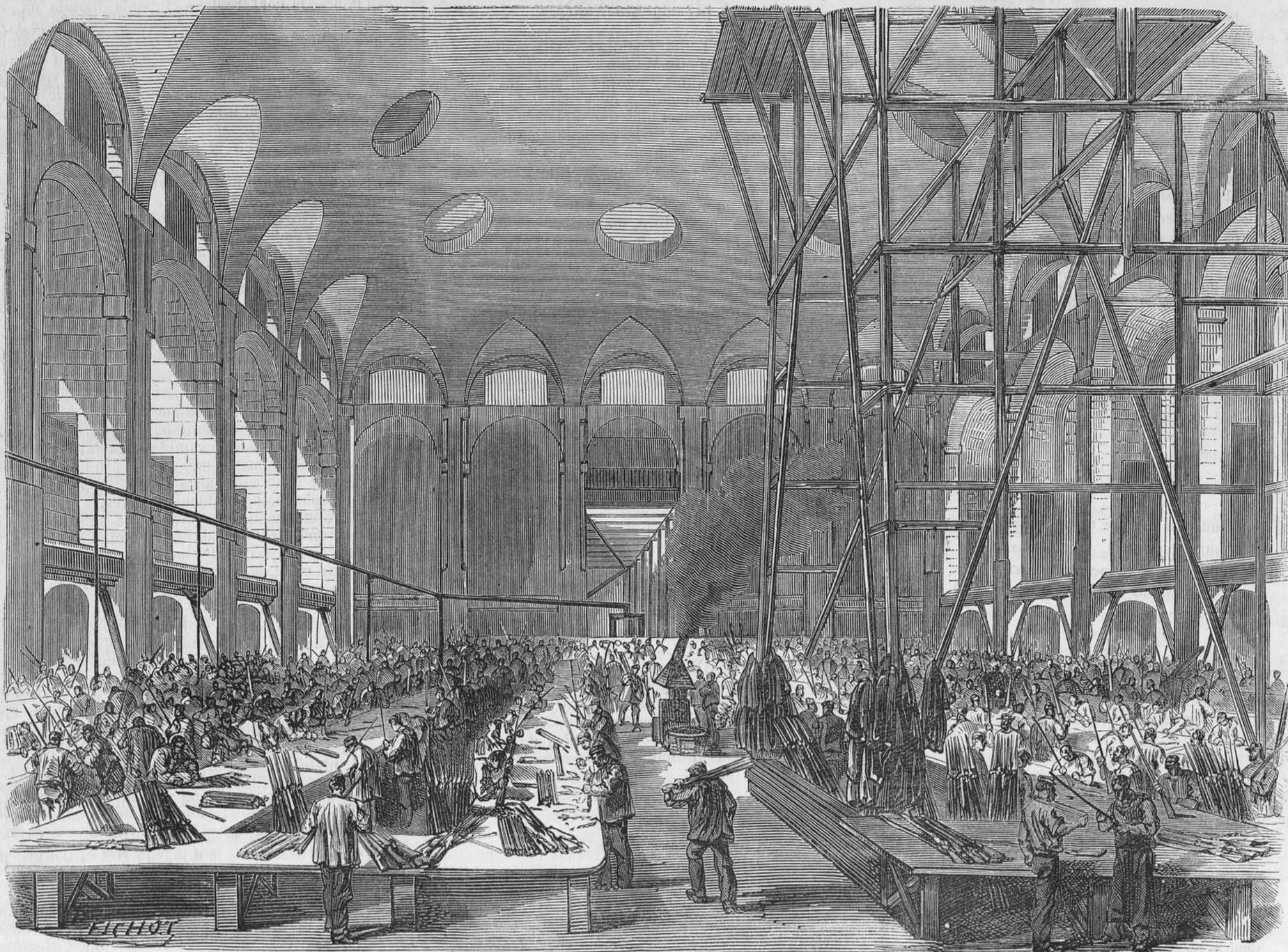
— Un schilling para el autor de la *Reina de las Hadas*, exclamó arrojándose á los piés de Isabel, para el amigo de Felipe Sydney.

La reina casi no reconoció en el rostro lívido del hombre que veía, á su poeta favorito. Este separando de su cara sus largos cabellos ya grises añadió:

— Señora, creía, gracias á V. M., haber colocado mi nido al abrigo de las tempestades. La suerte se ha encargado de mostrarme que me engañaba. Enrique de Desmond ha vengado á su padre; los irlandeses han incendiado á Kilcoman.

Los delgados labios de Isabel se unieron convulsivamente.

— ¡Por la muerte de Dios! exclamó dando una patada, cosa que indicaba en ella una cólera extremada, ya ajustaremos nuestras



El salon del Trono en el Louvre, convertido en taller para la fabricación de fusiles.

cuentas y se pagarán con usura los intereses. Esos miserables irlandeses podrán bendecir nuestra clemencia, si nos contentamos con incendiar sus casas desde Dublin hasta el caral de San Jorge.

Después añadió dirigiéndose al poeta:

— Spencer, no se dirá que el autor de tan preciosas composiciones ha recurrido en vano á nuestra caridad; os nombramos poeta de la reina y os concedemos una renta anual de 50 libras esterlinas.

Saludó en seguida á Eduardo y siguió adelante.

— ¡Cincuenta libras esterlinas! murmuró Spencer con amarga sonrisa. Es precisamente lo mas indispensable para comprar diariamente un pan de cebada y media pinta de ginobra.

IV.

LA GUARDILLA

DE FIED-STREET.

Los rayos de la luna de otoño coloraban el confuso monton de casas que componian en el siglo XVI el cuartel conocido en Londres con el nombre de Fied-Street. En uno de los desvanes mas oscuros de este arabal, refugio privilegiado de todas las personas que maltratadas por la suerte necesitaban cubrir con un velo su miseria, yacia tendido en un miserable lecho un hombre terriblemente desfigurado por las enfermedades. Su rostro pálido estaba tan arrugado como si sesenta años hubiesen pasado por él, y sus ojos abatidos y vidriados se dirigian alternativamente hácia un joven cortesano, sentado en un escaño á la cabecera del lecho y hácia una mujer que á poca distancia oraba y lloraba. El enfermo se llamaba Eduardo Spencer, el cortesano Walter Raleigh, y la mujer era la irlandesa de Kilcoman, ya esposa del poeta.

— ¡En qué han venido á par r los dos condiscípulos de Cambridge! dijo Eduardo con voz apagada y dolorosa; el uno yace en un lecho de paja, pobre y olvidado, y el otro en un palacio y poderoso como la misma reina. Y sin embargo, el uno es hombre de genio, el otro un cortesano vulgar. El uno ha recurrido á bajezas que lo han elevado y el otro que despreció la adulacion y no fué ni cortesano de los ricos, ni el lacayo de los grandes y reyes, ha recibido de la Inglaterra un desvan en que morir y de Isabel 50 libras de limosna. ¡Oh! ¿por qué la muerte me acusa tan de cerca? Yo hubiera hecho conocer á esa reina ingrata, que cuando se compran con 20,000 libras esterlinas las caricias de un amante, se debe apreciar en mas de 50 el genio de un poeta. Me hubiera convertido en el historiador de sus ridiculeces y de sus crímenes, y le habria presentado ante sus ojos las lividas cabezas de Desmond, de Norfolk y de Maria Stuart.

Raleigh manifestaba alguna impaciencia; el moribundo añadió con amargura: — Este lenguaje te espanta, Walter, y con razon; te has hecho su apologista, su amante, y serias mañana su verdugo si ella lo exigiese.

El cortesano se levantó y tomando una de las calenturientas manos del poeta dijo:

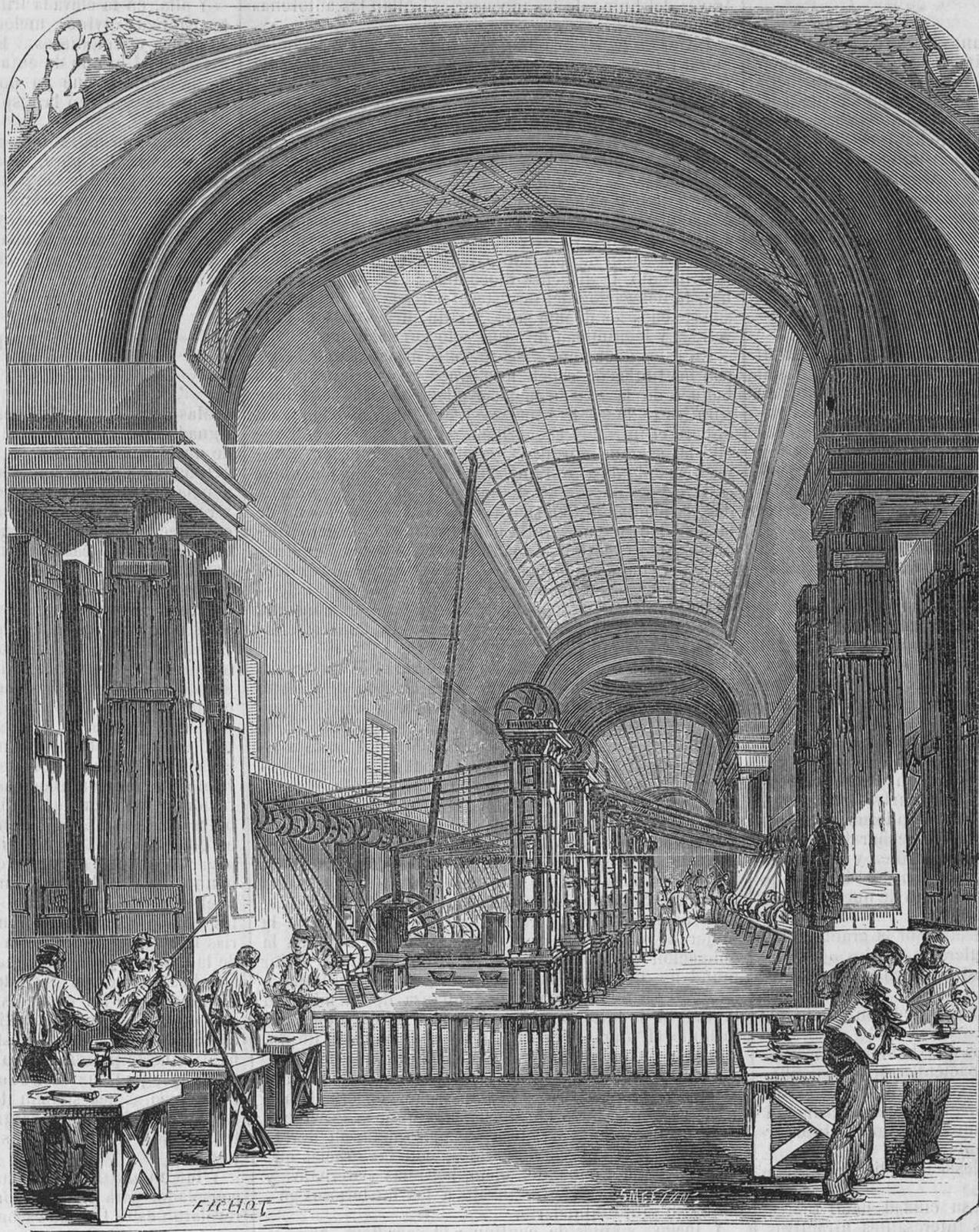
— Eduardo, no olvides que eres el autor de la *reina de las Hadas* y de la *Emperatriz Marcilia*, ni me obligues á recordarte que no siempre has juzgado á Isa-

bel con tal severidad. Si no se ha hecho justicia á tu ingenio, atribúyelo á tu orgullo. Has ocultado tu miseria para evitar unos beneficios que un punto de honor, fuera de propósito, te hacia mirar como limosna. No hay un solo señor de la corte que no se hubiera honrado con socorrerte si tú hubieses querido, y en cuanto á mí, bien sabes que hubiera dividido contigo mis riquezas con tanto gusto como dividia los schillings de mi padre en la universidad de Cambridge.

Hubo un instantes de silencio.

justicia del siglo y quisieron contribuir á los gastos de su entierro. Gastóse en sus funerales mas dinero que el que se hubiera gastado en reedificar á Kilcoman, y en proporcionarle cincuenta años de opulencia. Su cuerpo se depositó en la abadía de Westminster. Hall y Shakspeare improvisaron sobre su sepulcro, y la corte de Isabel creyó expiar la vergüenza de haberlo dejado morir en la pobreza, dándole un féretro de plomo y una inscripción latina por epitafio.

Sabido es el fin de Walter Raleigh. Muchos años después fué decapitado en la torre de Londres y cumplida la predicción del poeta.



DEFENSA DE PARIS. — Taller para el rayado de los cañones de fusil en la galería de cuadros del Louvre.

Defensa

DE PARIS.

TALLERES DE LA COMISION DE ARMAMENTO.

Hemos visitado con el mayor interés el taller de la comision de armamento situado en el Louvre, en las espaciosas salas del pabellon de la Tremouille, que M. Dorian ha utilizado para el servicio de la defensa nacional. Sabido es, con efecto, que las prontas y enérgicas resoluciones del ministro de Obras públicas han contribuido poderosamente á los progresos del armamento.

La direccion del taller se confió á M. H. Reymond en setiembre último, cuando M. Toussaint salió con una mision relativa al armamento de las provincias.

En un principio los numerosos obreros de este taller solo se ocuparon en gobernar los fusiles que repartieron á toda prisa á la guardia nacional; pero la direccion no tardó en confiar á sus verdaderos armeros la trasformacion con arreglo al sistema llamado de *tabatiere*. Los resultados de este trabajo fueron satisfactorios, y desde entonces ha reinado la mayor actividad en los talleres. Los guardias nacionales por compañías ó individualmente presentan en el vestibulo principal sus armas á

los inspectores especiales que las examinan y dejan allí todos los fusiles defectuosos.

Las oficinas se encuentran en la misma parte del edificio, así como las cajas donde reciben su paga los operarios.

Subiendo por la escalera principal se llega al gran salon llamado del Trono, reservado á las operaciones, y mas allá existe una larga galería que es donde se hace la trasformacion.

Volviendo por el mismo camino atravesamos el almacen y entramos en el taller de las máquinas de vapor necesarias para la fabricacion de las piezas.

La sala de estudios no es la parte menos interesante. En esta sala, tres veces por semana después de las horas de trabajo, hacen conferencias científicas á los obreros los hombres competentes encargados de la direccion. Inútil es insistir sobre el excelente efecto que estas lecciones producen; de la instruccion depende el porvenir de las libertades.

El día en que visitamos esos talleres encontramos allí á los miembros del comité científico presentados por un miembro de la comision de armamento, y podemos decir que la impresion que produjo la vista de las obras en aquellos notables visitantes, fué excelente.

P. C.

— Puedes morir tranquilo, siguió Raleigh con emocion, con respecto á la suerte de tu mujer é hijos. Si tu gloria debe ser tu título de nobleza, mi proteccion será su caudal. Y además, ¿no dejas en Inglaterra una celebridad inmortal?

— ¿Qué me importa? dijo el poeta con risa convulsiva, ¿qué me importa que un poco de humo vano se levante sobre mi sepulcro? ¿qué me importa ser grande mañana, si hoy me dejan morir abandonado?

Al decir estas palabras puso Eduardo su helada mano en la del cortesano. Walter se estremeció, separó uno á uno los dedos crispados que se habian asido á los suyos y llevó á la desgraciada irlandesa lejos de aquella escena.

V.

EL DIA SIGUIENTE.

Sucedió á Spencer lo que á otros muchos hombres grandes. Luego que se supo en Londres su muerte, todos se compadecieron de sus desgracias, acusaron la in-

De Villahermosa á la China

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ

(Conclusion. — Véase el número 940.)

Se levantó, quedándose algunos instantes parada, sin exhalar un gemido, sin proferir un acento, sin articular la primera modulacion de una frase... Sin duda aquella alma, tan habituada á las violentas sacudidas de sorpresa, pasaba por la crisis mas sorprendente; su corazon, probado por tantos dolores, no habia sentido nunca dolor tan penetrante como el agudísimo de aquella revelacion; rayo que, desgarrando sus entrañas, iluminaba de vivisimos resplandores su horizonte; hierro de dolorosa medicina, con el cual rasgadas telas de oscuras y ardientes cataratas, recobraba el corazon, entre convulsivos estremecimientos, la luz que le lastimaba, pero con que al fin veia... Sin duda en aquellos instantes cortos, pavorosos y mudos, sus ojos, pasando alternativamente de aquel viviente esqueleto á la animada pintura, parecian decir de una vez:

— ¡Aquí tampoco hay seguridad de esperanza!... Aquí puede haber eternidad de memorias y deseos!... ¡Aquí pudiera haber terror de remordimientos, y hasta rabia de celos!... Aquí ni llorarle podria... Aquí las lágrimas pudieran ser para Dios un pecado, y para otra alma un veneno...

Y vueltos á la íntima contemplacion del lienzo suspendido, querrian acaso decir:

— ¡Aquí ni podria olvidarle!... ¡Aquí confiaria demasiadamente en la indulgencia de ese celestial esposo, cuya divinidad no tiene celos y puede sufrir memorias!... ¡Ay!... Necesito uno mas severo, cuya honra no consienta rival, ni recordado...

Y en seguida, alzando apacible la frente, como quien ha sentido en su espíritu una trasformacion sobrenatural; con la actitud noble y tranquila de una voluntad vivificada y robustecida, y con el ademán sereno y desembarazado de una resolucion firme é irrevocable.

— Irene, le dijo, estrechándole solemnemente las manos, no desesperes, no te rindas... yo soy ahora la fuerte... A mi vez ahora darte ejemplo de esperanza... A mi ahora tener resignacion, y hacer penitencia por mi alma y por la tuya... Lo que á él le es dado hacer, á nosotras tambien... Como él puede ir al altar, vuelve tú al coro... yo volveré al templo... á triunfar del infierno conjurado... Y yo, salvada y pura, puedo estrechar los brazos de un hombre, podrás tú en breve, heróica y santa, reposar acrisolada y resplandeciente en los brazos de Dios... ¡Que haga el cielo lo que quiera de nuestra vida, y bendiga nuestra penitencia!...

— ¡Ay! sí... El cielo la bendecirá por la gracia de su martirio, dijo Irene en voz sepulcral y con los ojos cerrados, como si hablara en la vision interna de una profecia.

Y dándose de nuevo los brazos, quedaron como en éxtasis aquellas dos criaturas...

Algunos instantes despues, los que habian permanecido en la iglesia esperando impacientes, si bien confiados, el breve espacio de tiempo que duró la entrevista de las dos amigas, vieron con alegría volver á abrirse al lado del altar la puerta de comunicacion con lo interior del monasterio... Sofia se presentó en sus umbrales, y extendió por el ámbito de la iglesia la radiante mirada de sus resucitados ojos...

Jamás los pintores divinos de su ciudad natal representaron la hermosura con mas interesantes atractivos de gracia, que apareció aquella meridional belleza en el marco de vieja encina que le formaban en derredor las molduras de la entallada puerta...

Pálida, pero serena, compuestas y apacibles sus facciones, velando el brillo de sus resplandecientes ojos la modesta blandura de la conformidad religiosa, radiando en su frente como una diadema de majestad la expresion solemne de una resolucion virtuosa y la calma augusta de una conciencia reconciliada con el deber, Sofia, mirando á la iglesia desde aquella puerta, asemejábase á una santa que Murillo hubiera pintado saliendo de su sepulcro glorioso, para anunciar los favores del cielo á los fieles congregados en su nombre...

Javier, al verla, no habia dudado un momento de su resolucion... Enrique, al mirarla, no osaba creer en la realizacion de las promesas que su amigo le habia hecho con profética seguridad. ¡Tan superior á su merecimiento y á su ventura le parecia que aquella hermosísima criatura, sueño de toda su vida y esperanza de toda su juventud, viniera á realizar el ideal suspirado de toda su posible felicidad!...

Pero su admiracion llegó á los últimos límites del asombro, cuando Sofia, despues de hacer á Javier una demostracion respetuosa, que fué mas bien que comendada adivinada, se levantó lenta y majestuosa hasta el asiento de Enrique, é hincando una rodilla en tierra y doblando la frente como avergonzada ó sumisa, le preguntó con claro y sonoro acento si se dignaba tomarla por esposa y conducirla al altar para recibir su mano...

Quedó Enrique suspenso y embargado á la inesperada

demanda, anegáronse en llanto sus ojos, y su ahogada garganta, que mas bien pudiera prorumpir en un sollozo, no pudo articular un solo acento; pero levantándola con ambas manos del suelo, y significándole con una mirada de indefinible gratitud el abrazo que la santidad del lugar no permitia darle sobre el corazon, condujola solemnemente, en medio de sus deudos, hasta las gradas del altar, y la presentó respetuosamente á Javier para que el sacramento del Señor se consumara...

Sonó en aquel momento en el órgano una armonía divina, que ningun canto acompañaba, tan suave, tan ideal, tan vaga y etérea, tan perdida en la altura, que dejaba oír todas las palabras del presbiterio, como á través del humo de los incensarios brillan las antorchas de los altares...

Javier en aquel instante, revestido con los resplandecientes tisues de la Iglesia, y alzando á Dios aquella frente que, encanecida y despojada, recordaba la de un apóstol pintado por Ribera, no se parecia mas al Javier que hemos conocido en el mundo, de lo que se asemeja al gusano que se arrastra entre la yerba, la brillante mariposa, desplegando á los rayos del sol sus alas esmaltadas de áureos y nacarados cambiantes.

Levantando solemnemente sus manos, y tomados con escrupulosa minuciosidad los nombres de los esposos, y de los deudos y testigos, leyó Javier detenidamente la autorizacion del prelado para la celebracion de aquel matrimonio, la dispensa diocesana de las amonestaciones, la delegacion del ministerio parroquial en su persona; todos los documentos, en fin, necesarios para la validez y legitimidad de aquel acto tan solemne.

En estos documentos los prelados designaban á Javier con los títulos de capellan párroco castrense para los buques de la real armada, y de misionero apostólico para las regiones de América y Asia. Empezó luego en el coro el intróito del sacrificio santo; el sacerdote recitó las sagradas fórmulas, y Sofia y Enrique, de hinojos á sus plantas, pronunciaron el juramento del amor divino, y recibieron de sus manos, demacradas y curtidas, la bendicion que santifica la familia en el seno de la sociedad, y consagra la perpetuidad del género humano en la sucesion de los tiempos... Y luego, unciendo á sus cuellos la estola sacerdotal, recitó con voz dura y acento severo á los oídos de aquellas dos almas delicadas, la tremenda epístola del apóstol que consignó el primero los fundamentos de la santa familia cristiana...

¡Maravilla incomparable de la religion! En el trance del matrimonio, como en la solemnidad de la muerte, la Iglesia tiene las mismas palabras para el sencillo consorcio del rudo labriego que para la pompa nupcial de dos frentes coronadas, como hace cantar los mismos lamentos de Job, el mas antiguo de todos los poetas, sobre la última tumba de rey ó de esclavo que se abre en la tierra...

Al escuchar aquellas frases que imponen obligaciones tan serias, y que hablan en términos tan rudos de deberes tan penosos, Sofia y Enrique sintieron sus almas inundadas de suavísimo consuelo y revestidas de santa fortaleza. Sus ojos se arrasaron de aquellas lágrimas, homenaje natural é involuntario del hombre y de la mujer al venir á la vida, al perderla y al contraer la obligacion de darla; pero ninguna sombra de dolor mundano; ni de flaqueza de pasion, ni de sentimiento de bien perdido, ninguna desconfianza de la fidelidad mutua, ni de la conciencia propia vino á turbar en aquel instante el alma pura de Enrique, el corazon tierno, animoso y confortado de la esposa que Dios le daba...

Javier lo conoció tambien... su alma mereció poder identificarse en la virtuosa complacencia de aquella alegría, en que le habia tocado ser órgano de la Providencia y ministro de la religion. Sus ojos pudieron derramar sobre aquellos seres queridos, con las gracias que para ellos imploraba del cielo, lágrimas paternales y benditas con que Dios le iniciaba á los misteriosos gocees de su santo ministerio.

Y luego, y antes de continuar el sacrificio, que era tambien para él sobre la tierra la consumacion de su consorcio con la Divinidad, imponiendo sus manos sobre aquellas dos frentes angélicas y humilladas.

— Ahora alzaos y bendecidme vosotros, les dijo: vosotros, los que, despues de llamaros hijos de Dios, seréis en adelante hijos míos. Alzaos y bendecidme por la consagracion de mi vida, como yo os bendigo por la santificacion de la vuestra. Alzaos y bendecidme en nombre de vuestro amor, como yo os he bendecido en nombre de la divina Misericordia. Bendecidme, para que pueda yo, como vosotros, expiar mis culpas, olvidar las pasiones del mundo, sofocar los malos deseos, refrenar la reminiscencia de perversos apetitos, y encaminar al santo fin á que nos llama el cielo la exaltacion de aquellos sentimientos que hemos creído poder consagrar al mundo... Bendecidme para la incierta peregrinacion que me aguarda en las dilatadas regiones de la tierra, como yo os he bendecido para el viaje, no menos penoso, que os espera por medio de los trabajos y de las tribulaciones de la vida... Bendecidme para que pueda mi palabra suscitar á Dios una familia numerosa y una posteridad dilatada de almas que traiga al gremio paternal de la gracia divina, como yo os he bendecido á vosotros para que procreéis una larga progenie de criaturas inmortales y bienaventuradas... Bendecidme para que comuniqué yo la luz de la eterna verdad á pueblos sumergidos en tinieblas de ignorancia, así como yo os he bendecido para que comuniquéis el celeste rayo de la vida sin fin á seres que duermen en los abismos de la potencia divina... Yo os he bendecido, hijos míos, para la union del amor y para la felicidad de la tierra... Ben-

decidme vosotros para la caridad y para el martirio. Y cuando decia estas palabras, los dos esposos, sin levantarse, cogian sus manos y las besaban, diciendo una y otra vez:

— Bendito seáis.

Y el destino de aquellas tres existencias se habia consumado, y Enrique recibia el galardón de su noble y perseverante virtud, y Javier resplandecia con la auréola de gloria de los levitas predestinados, y sobre el espíritu iluminado de Sofia habia descendido la inspiracion de la gracia soberana, que estalló un dia en lenguas de fuego bajo las alas candidas de una ardiente paloma.

Y allá, en la elevada tribuna, sonaban, acompañando los cánticos divinos, melodías nunca tocadas, arpegios sublimes y armoniosos... Era tambien la bendicion, el éxtasis y el himno de entusiasmo, augusto y penitente, de un corazon que ya no tenia voz en los labios, ni aliento de canto en la respiracion anhelosa de la fatigada garganta...

Y luego, desde las bóvedas del templo, que reflejaban las armonías del coro, descendian en sacrosantos ecos de música inefable las palabras del oráculo sublime en que los ángeles declararon al mundo toda la bienaventuranza de la eternidad y todas las felicidades de la vida, cuando cantaron una noche: « Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y en la tierra paz á los hombres de buen corazon. »

EPILOGO.

Mas de diez años despues, y cuando ya habíamos consignado en las páginas que anteceden los pocos sucesos de nuestro relato; mas de diez años despues de haber extractado de las memorias privadas y de las correspondencias íntimas que nos confió la amistad, los diálogos y reflexiones que acompañan á nuestra narracion, en la convalecencia penosa de una de aquellas enfermedades en que pasamos casi toda nuestra juventud, y que nos han demostrado cuánto se puede vivir batallando con la muerte, si el dispensador soberano de la existencia quiere conservarla padecida y atormentada; entre tantas otras peregrinaciones, en que hemos paseado por toda España y por media Europa la triste hipocondría de nuestros padecimientos, ó la amargura poco paciente de nuestra mortal resignacion, demandando á todos los climas un aire de remedio, y á todos los oráculos de la ciencia el nombre á lo menos de nuestro padecer, nos tocó un dia tambien encaminar nuestras plantas hácia el pais donde pasaron las principales escenas de nuestro relato, y donde en años mas tiernos recibimos la inspiracion primera de aquella musa un poco sombría y nebulosa, á la cual, desde una region y desde una época en que se habla ya otro idioma, queríamos con todo pagar el tributo de nuestros últimos acentos... Quedá-bamos todavia deudos y amigos de la niñez en aquellos pueblos; quedá-bamos en aquellos campos, con todos los vivos y alegres recuerdos de la infancia, las memorias mas apasionadas de la melancólica adolescencia y de la primera juventud; guardá-bamos aquellas playas y aquellos puertos el encantado tesoro de las primeras ilusiones y de las primeras esperanzas; y esperá-bamos allí, en un cementerio, batido de las olas del Océano cantábrico, la tumba modesta de un padre querido, que habia muerto pronunciando el nombre del hijo distante, tambien aquel dia moribundo... tumba preciosa, sobre cuyas piedras necesitaban llorar algunas lágrimas santas los ojos que habian consagrado á las pasiones ó á las tristezas del mundo tantas lágrimas impuras y profanas...

Fué un dia muy señalado en nuestra vida y muy consolador para nuestro corazon, aquel en que se nos revelaron estos tesoros escondidos, aquel en que pudieron tocar nuestras manos y besar nuestros labios estos depósitos sagrados. Fué un dia muy venturoso aquel en que nos sentamos de nuevo sobre las piedras venerandas del hogar doméstico, y en que nuestra cabeza durmió aun un sueño infantil en el regazo de una madre amorosa, que llamaba todavia niño al hijo encanecido... Fué un dia que valió por muchos años aquel en que, rodeados de deudos y amigos, descendimos en alegre cabalgata los fragosos altísimos cerros de aquel valle, que confundia sus verdes arboledas con las azuladas ondas del mar que le baña; fué un momento muy bello, muy tierno, muy solemne aquel en que, despues de tan larga ausencia, descubrimos la frente con religioso respeto, y arrasados en lágrimas los ojos, ante las iglesias y ermitas de aquellos contornos, y en que se presentaron á nuestra mirada, con toda la poética magia de tan largos y dolorosos recuerdos, las verdes rejas y las torres de pizarra de Valle-de-flores...

Tambien era aquel para nuestro corazon un lugar doméstico; era tambien un hogar religioso de santa familia; tambien era un tesoro encontrado, un depósito restituído... tesoro de impresiones, depósito de memorias y sentimientos, de pasiones y desventuras, y alegrías y pesares de seres queridos, con cuya imagen habíamos vivido tantos dias, y á cuyo lamentable recuerdo habíamos consagrado tantas horas y tantas lágrimas...

Aquellos seres... ¿habian desaparecido enteramente? Del paso de aquellas personas por los senderos campos... ¿no habian quedado huellas?... De las lágrimas vertidas sobre el césped de estas riberas... ¿no habian quedado gotas?... ¿No guardaban las piedras de los cruceros y las gradas de los altares alguna señal de sus ósculos pe-

nitentes?... De sus conversaciones ó de sus plegarias, de sus apasionados coloquios ó de sus monólogos sombríos, ¿no cruzaba un eco ó un gemido por los húmedos juncales ó por lo escondido de las enmarañadas arboledas?... ¿No repetirían alguna vez las paredes de aquellos claustros, ó los áticos de aquellas rústicas ermitas el ¡ay! de sus fúnebres lamentos ó el amen piadoso de sus oraciones?...

No podíamos preguntar á nuestros amigos ni por aquellas memorias, ni por aquellas personas, ni por aquellas ignoradas desventuras... Pero una vez que fuimos á demandar á las bóvedas del templo nuevas que nos negaba el mundo... una vez que penetramos en aquella iglesia, que habia presenciado una ceremonia nupcial... ¡ay!... las losas de su pavimento, las antorchas de sus altares, las cruces de sus capillas, las armonías de su órgano y los dobles de sus tristísimas campanas, tuvieron voces misteriosas y solemnes, sentidas y consoladoras, para contestar á todas nuestras demandas...

Hubo un día memorable entre los días fugaces de nuestra inolvidable excursión, en que fuimos invitados á una solemnidad religiosa que se celebraba en la iglesia de aquel monasterio... Apenas, y con mucho trabajo logramos penetrar en su recinto por medio de las masas de compacta muchedumbre que encontramos en derredor apiñadas. La multitud tenia que permanecer, aunque devota y recogida, ante sus puertas, de par en par franqueadas; lo interior del templo solo pudo ser sitio de privilegio para las personas mas distinguidas. Sin embargo, aquella ceremonia no era mas que una misa de difuntos. El templo estaba colgado de negro; un sencillo, aunque magnífico catafalco, se alzaba en medio, y debajo de la cúpula; rodeábanle todas las mangas de las parroquias de los contornos, presididas de la cruz arzobispal de la iglesia metropolitana... Los estandartes fúnebres de todas sus cofradías formaban un negro pabellón de duelo sobre el elevado túmulo... ¿A quién daba sombra de religiosa gloria ese mortuorio trofeo?... A qué venerada memoria, la piedad de aquellos valles y de aquellos pueblos rendia culto y tributaba honores en este funeral de un hombre, que semejava la canonización de un santo?...

Un misionero célebre habia ido al Oriente... Habia predicado el Evangelio á los salvajes de la Australia y á los letrados de la China. Habia realizado prodigios de caridad; habia convertido á millares de infieles á la religion del Crucificado. Habia fundado colonias cristianas en los extremos límites del celeste imperio; habia hecho derribar las aras de los pontífices de Boudha en las incomunicadas riberas del Japon. Habia llevado á término peregrinaciones increíbles, y explorado regiones ignoradas. Habia padecido trabajos casi fabulosos, arrostrado peligros inauditos, y sufrido persecuciones dignas de los primeros siglos cristianos... Dos veces mutilado, habia podido alcanzar al fin la palma del martirio, y obtenido la insigne gloria de morir muerte de cruz en una de las últimas matanzas decretadas por este tiempo contra los apóstoles de aquellas apartadas misiones.

Un generoso cónsul francés habia recogido y enviado á Manila sus restos mortales... Un religioso dominico de nuestras misiones de Oriente, cumpliendo los deseos del mártir y las órdenes de sus prelados, habia sido encargado de conducir á Valle-de-flores su crucifijo, su Biblia y su corazón. Y aquella misma fragata, que hemos visto zozobrando y salvada en un huracan de estas costas, habia resistido bastante á los furiosos del mar, para ser la que recibiese á bordo y condujese á aquel puerto el depósito bendito de aquellos santos despojos.

Y era la mortuoria reliquia, encerrada en una urna de oro, que habian consagrado al mártir los piadosos marinos, la que, entre palmas traídas de Oriente, y ramas de laurel cogidas en estos campos, coronaba el negro almohadon del catafalco, para ser depositada en un nicho de mármol por la congregación de sacerdotes...

Fueron magníficos en su sencillez y en su devoto duelo aquellos solemnes funerales... La inmensa concurrencia, mas bien que oraciones de sufragio, dirigia plegarias de interesion al apóstol bienaventurado, vástago santo de los ilustres marinos de aquella tierra. Un venerable encañecido prelado habia venido á presidir la religiosa ceremonia. Acompañábale á su derecha, con el uniforme de jefe de escuadra, el comandante de aquella embarcación, á quien habia tocado llevarle la vez primera al Oriente, y volver á Europa con sus despojos... y aquel anciano marino, que habia debido dos veces la vida y la honra al intrépido misionero, lloraba al amigo y envidiaba la muerte del santo. Un jóven sacerdote presencial testigo de las proezas del soldado de la fe, hizo su sencillo panegírico, que estremeció todos los corazones con la narración de sus tormentos, mostrando á sus ojos aquella Biblia y aquel crucifijo de marfil y bambú, que hizo pasar de mano en mano, entre los soñolosos y los besos de adoración de la concurrencia, conmovida y prosternada...

Y aquel conciudadano y amigo que lloraban, aquel mártir glorioso que bendecian, aquel portento de saber, modelo de virtud, prodigio de caridad, aquel apóstol de Dios y maestro de los hombres, habia sido Javier, el esforzado penitente, EL SANTO SACERDOTE...

Y entre las religiosas que cantaban los himnos de su fúnebre triunfo, estaba Irene, que vivia aun; Irene, que desde la consagración de aquel hombre habia podido vivir y dejado de padecer... Su mal físico se habia como suspendido, porque su corazón se habia purificado... En aquellos funerales tocó ella el órgano. acompañó con lágrimas la santa salmodia, y pudo mezclar, sin remordimiento y sin pecado, hondos lamentos y penitentes suspiros en sus fervientes oraciones.

La pobre envejecia ya... Su piedad se habia desprendido de toda mezcla mundana... Su entusiasmo se habia depurado de toda pasión. De sus memorias de galantería no le quedaba sino la vergüenza; de sus pasiones, nada mas que el arrepentimiento. Su exaltación moral se habia convertido en un misticismo humilde. Ejercitaba la caridad en el valle, y la miraban siempre en aquellos contornos como la providencia de los enfermos, de las ancianas desvalidas y de los niños sin madre... Practicaba la penitencia en el claustro, enseñaba música á las novicias, y cantaba sus himnos en el coro. ERA LA SANTA RELIGIOSA.

Sofía estaba tambien allí... Asistia á aquellas exequias... Arrodillada al pié del altar, en el mismo sitio donde habia recibido de manos de Javier la bendición nupcial, tenia delante de sus rodillas, ofreciéndolos á Dios, sus dos niños, hermosos como dos querubines, y á la derecha á su esposo querido y venerado. Enrique en aquel momento, con una Biblia abierta ante sus ojos, no cesaba de repetir estas palabras de David en la muerte de Jonatás: « Los ínclitos de Israel son muertos en la altura... ¡Cómo han caído los fuertes en la pelea!... Duérome por tí, hermano mio, hermoso sobre manera, amable sobre el amor de las mujeres... Como una madre ama á su hijo único, así te amé yo... ¡Ay! cómo van cayendo los esforzados y faltando las armas del combate (1). » Y dejando correr sus lágrimas sobre las páginas santas, volvía sus ojos, como buscando consuelo del irreparable amigo, en el tesoro incomparable que Dios le daba en su esposa...

Sofía en tanto oraba con fervor. No recordando los afectos de su juventud, sino como el resentimiento de una enfermedad, soportado con resignación, como un sueño de tentación expiado en penitencia, como una nube de tormenta disipada ya con fulgor de santidad, como una mancha caída en la vestidura del alma, lavada ahora en sangre de martirio, aquella mujer parecia dar gracias al cielo por haberle demostrado que su antiguo extraviado sentimiento, mas que la pasión á un mortal, habia sido la devoción anticipada á un bienaventurado en profecía... Como Enrique decia en su rezo: « Eras amable sobre el amor de las mujeres, » ella quizá podia decir en su oración: « Yo le amé sobre el amor de los hombres. »

Sofía se conservaba jóven aun. Ajada, ya, pero todavía muy hermosa; graciosa y modesta, benéfica y hacendosa, dulcísima en su trato, austera en su conducta, religiosa con ternura, severa con indulgencia, providencia y alegría del hogar en la casa de un hombre rico por su laboriosidad, pero triste á veces en la fatiga del trabajo; dispensadora de la caridad y tesoro de los pobres, al lado de un esposo, mas respetado aun como ejemplar de modestas virtudes, venerando á Enrique como la imagen de Dios, y adorando á sus hijos como á los hermanos de los ángeles: Sofía era... LA SANTA MADRE DE FAMILIA.

Cuando se concluía la religiosa ceremonia, un anciano sirviente de la iglesia, que habia estado toda la misa rezando y llorando de rodillas al pié del túmulo, cayó accidentado sobre las losas del pavimento... Corrieron á levantarle: era cadáver... No habia perdido la actitud de su oración, y aun tenia lágrimas en los ojos. El sacerdote que acudió á prestarle auxilios le reconoció en el acto, y haciéndole la señal de la cruz sobre la frente,

— ¡Bienaventurado! exclamó como si le envidiara; esta mañana misma recibí los Santos Sacramentos de mi mano... ¡Está en la gloria!

Era Pablo el Triste.

Luisa.

Mis lectores me harán el obsequio de retroceder conmigo á 1831. En esta época residia en Marsella un banquero llamado Granville que hacia un año se casara con una jóven de veinte años escasos. Sin embargo, brillaba ya en aquel semblante tan tierno cierto matiz melancólico: sus mejillas no tenian el rosado color de las doncellas de su edad, y en sus rasgados ojos azules resplandecía una expresión de dulzura imposible de definir; cuando los alzaba al cielo semejava á la imagen de una santa en oración. Se llamaba Luisa, y las ocupaciones de su vida eran con extremo sencillas y metódicas: de día trabajaba en labores de aguja, y de noche en verano ó al medio día en invierno salia á pasear con su marido.

¡Marido! esta palabra chocaba ciertamente á cuantos les veían juntos: ella tan jóven, tan frágil, y él, noble y venerable anciano de triplicados años y cuya calva frente apenas estaba guarecida por algunos cabellos blancos. Sin embargo, la esposa se manifestaba tan satisfecha, le prestaba tan tiernos cuidados, tenia siempre para él palabras tan dulces y benévolas, que se hubiera llevado chasco ciertamente el que tratara de compadecerla. Cuando estaban los dos juntos, apoyada Luisa dulcemente en el brazo de su esposo, no parecia mas libre ni mas gozoso el pájaro que henda el espacio. Así se deslizaba tranquilamente la existencia del anciano sin un pensamiento triste; con un ángel por lo presente y el cielo por porvenir.

— Me conceptúo muy dichosa, le decia, en poder consagrar mi vida entera al hombre que mas amo y respeto

(1) Lib. II de los Reyes, cap. I.

en este mundo, al bienhechor que me alargó la mano y al verme triste y aislada, acudió á mí y me murmuró tan dulces palabras, que mis lágrimas se secaron como por encanto, y el gozo y el reposo renacieron en mi corazón.

De esta suerte vivian íntimamente enlazados, y si bien consagraba Granville el día á sus perentorias ocupaciones de comercio, la noche estaba dedicada á su mujer.

Una tarde, iba á anochechar, estaba M. Granville inquieto, desasosegado y Luisa notaba esta agitación, extraordinaria por cierto en el semblante siempre sereno del banquero. Sin embargo, respetó el silencio de su esposo, ocultó su zozobra, y por la misma razón redobló las muestras de su afición y ternura; únicamente de cuando en cuando alzaba los ojos del bordado y seguía mas con el corazón que con la vista aquella tristeza inusitada que cubria la frente del anciano; bien hubiera querido sonsacarle, pero no se atrevia. Así pasó una hora, cuando oyó de repente la voz de su marido que la dijo esta sola palabra:

— ¡Luisa!

Levantóse la jóven con precipitación, porque le parecia que aquella misma voz que pronunciara su nombre, le decia tambien: padezco y te llamo para que me consules. Luisa acudió, y sentándose junto á su esposo, asió una de sus manos y la apretó estrechamente entre las suyas. M. Granville la miró algunos instantes, y atrayéndola hácia sí dulcemente la dijo:

— Mucha dicha es para mí tenerte á mi lado; siquiera me consules.

— ¡Consolar! repitió tristemente la jóven clavando en el anciano sus dos hermosos ojos humedecidos de lágrimas: solo el que sufre necesita de consuelos.

El banquero no contestó.

— ¿Es cierto que sufrís, amigo mio?

Tambien quedó sin respuesta esta pregunta; parecia que el dolor del anciano temia desahogarse: bajó Luisa la cabeza, y sin soltar la mano de su esposo, se apartó un poco, sin duda para llorar y ocultar sus lágrimas.

Al fin exclamó M. Granville:

— ¡Oh! padezco, Luisa, padezco mucho.

— ¡Dios mio! no me engañaba.

— Una gran desgracia nos amenaza, una desgracia horrible, repitió el anciano pasándose la mano por la frente; una desgracia irreparable para nosotros, cuyo honor, ventura y vida suelen estar á merced de la casualidad. Tiemblas de oírme hablar así, no me comprendes, hermosa mia; mas algo de consuelo es decirte que padezco.

Detúvose un instante y añadió con voz mas tranquila: — Tú, tan jóven, tan ignorante de las cosas de este mundo... tan venturosa con ignorarlos, no sabes cuán graves y terribles son los sucesos ocurridos de un año acá, cuán conmovida ha quedado toda la vida social por ese sangriento sacudimiento que ha derribado un trono, y cuántas veces en el seno de las familias la desolación, la ruina... y mas que la ruina, Luisa, el deshonor.

— ¡El deshonor! repitió Luisa levantando la cabeza y fijando en su marido una mirada de angustia: ¡oh! no hableis así; ¡me causais miedo! ¡el deshonor! ¿y por qué?

— No, Luisa, no sobreviviré á él. Las revoluciones, hija mia, son tempestades cuyas olas se agitan largo tiempo antes de apaciguarse. Desde aquel año terrible muchas casas florecientes se han arruinado: Luisa, estoy en relaciones con una casa donde tengo comprometidos mas de 800,000 florines; de aquí á algunos días me serán devueltos los efectos protestados y no cuento con dinero suficiente; á lo mas podré disponer de unos 600,000 florines. Luisa, aun vendiendo estos muebles, nuestros vestidos, no podria pagar... y habré de oír en esta ciudad, donde he vivido siempre con una reputación irreprochable de probidad y honor, se diga: *la casa Granville ha quebrado*. ¡Dios mio! ¡no sabes cómo mata esta palabra! es una mancha que no puede borrarse... ni aun con la muerte.

Luisa se arrojó en los brazos de su esposo anegada en lágrimas.

— ¡Oh! por Dios, amigo mio, no digais cosas semejantes. ¿Hay en el mundo un suceso capaz de manchar vuestra reputación? ¿el nombre de M. Granville no es respetado en todo Marsella? Si hubiese una voz que osase alzarse contra vos, ciento estarían allí para defenderos: cien voces de infelices que viven por vuestros beneficios, protegidos por vuestra caridad. No, no, desengañaos, amigo mio; hay existencias tan puras, tan acatadas, que nada deben temer; y si os abate lo presente, ¿no os fortalece lo pasado, el porvenir?

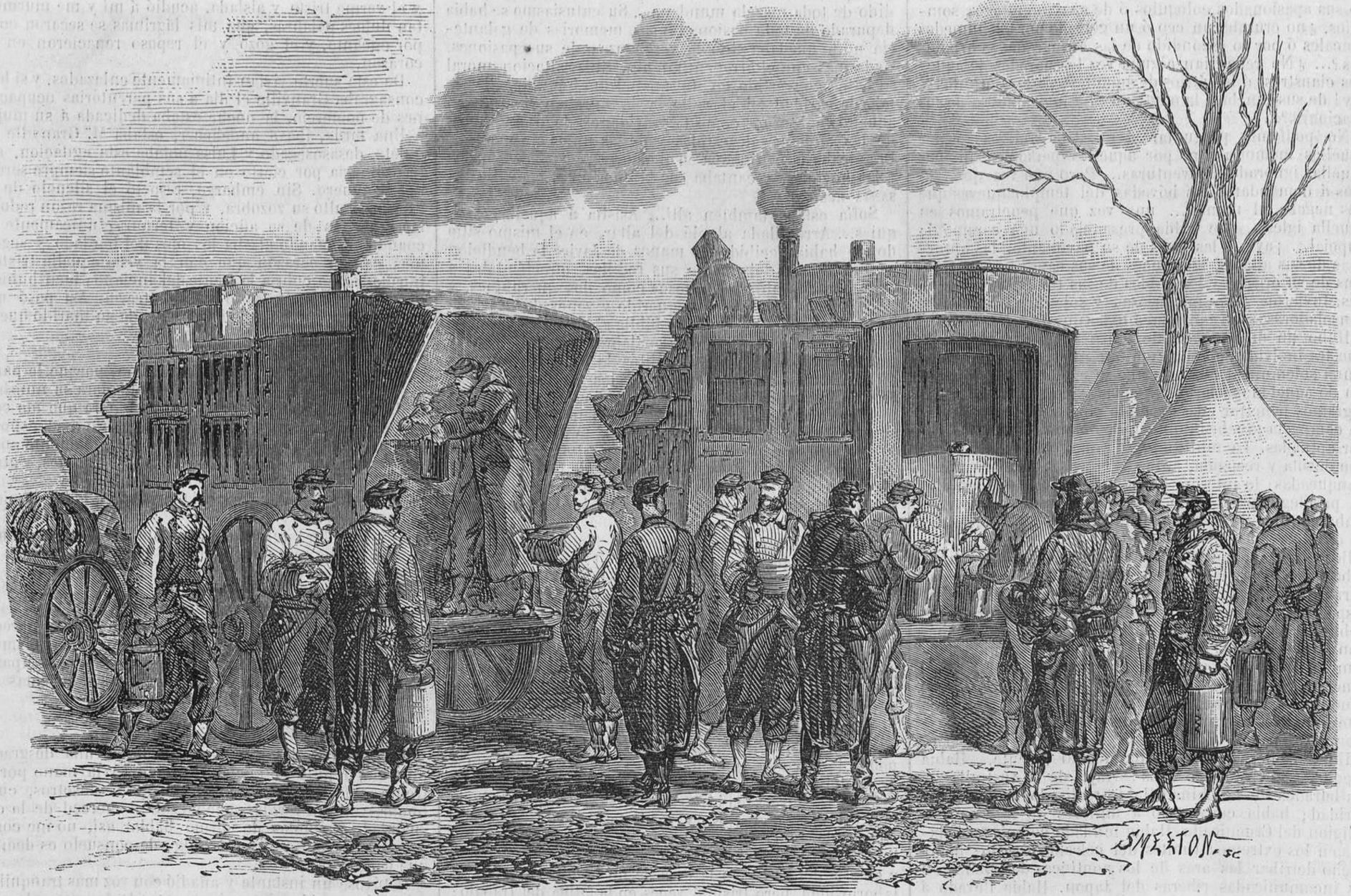
Hermosa, inspirada estaba la jóven al pronunciar estas palabras. Su insinuante voz penetró como un bálsamo en el llagado corazón del anciano.

— Sí, dijo estrechándola entre sus brazos, tienes razón; imposible es perder así en un día sesenta años de fatigas. Quédate, quédate á mi lado, porque tú eres toda mi fuerza, toda mi resignación.

Largo tiempo permanecieron abrazados, confundiendo el anciano su dolor mudo con las lágrimas de la esposa. Sentóse en seguida, y sacando del bolsillo una voluminosa cartera, comenzó á leer diferentes cartas, pero en el momento se abrió una puerta y entró un anciano.

Era un amigo íntimo de M. Granville; alargó la mano á Luisa, y apartándose á un lado con el banquero, empezó á hablar con él en voz baja.

Solamente algunas palabras llegaban al oído de Luisa que, silenciosa y atenta, conteniendo la respiración, se esforzaba para oír. El amigo nada de nuevo sabia: su presencia no debia, pues, mejorar ni agravar la desgraciada situación de M. Granville; únicamente acababa de



DEFENSA DE PARIS. — Las cocinas económicas ambulantes.

saber por el rumor general que M. Granville estaba gravemente comprometido en la quiebra de una de las primeras casas de Marsella, y que le temía que no le fuese posible cumplir con sus obligaciones. Esta noticia circulaba por toda la ciudad; era pública en la Bolsa; y echadas todas las cuentas, se calculaba que desprendiéndose del último escudo, no podría cubrir el déficit y satisfacer los empeños corrientes. Este golpe acabó de anonadar al desgraciado, que apretando convulsivamente las manos de su amigo, dijo:

— ¡Ay! demasiado cierto es; estoy perdido.

Esta noticia le había herido de muerte. Pasó el día, y Luisa, que adivinara la verdad, no intentó consolar a su marido, porque conoció que serían inútiles sus esfuerzos.

Al día siguiente, eran las dos cuando entró M. Granville en el salón. Brillaba en su semblante la alegría, y reflejaba tal expresión de felicidad, que parecía haber retrocedido a los verdes años de su juventud; no era ya el hombre agobiado bajo el peso de una desgracia terrible, y con sus sesenta años corrió como un niño hacia su mujer.

— Bien te decía yo, Luisa, exclamó; ¡me he salvado!

— ¿Ha pagado esa casa?...

— No, no puede, pero con el tiempo lo hará seguramente, y un joven, un noble joven viene en mi auxilio y me adelanta la suma necesaria para cubrir mis obligaciones. Alimentaba esta esperanza, porque yo también en otro tiempo salvé la fortuna y la vida de su padre; ¡mas ay! son tantos los ingratos y olvidadizos, que no me atreva a decirte nada. Inspiración del cielo fué escribir la carta cuya respuesta tengo en la mano.

— ¡Oh! sí, repitió Luisa loca de regocijo; ¡noble joven!

(Se continuará.)

Defensa de Paris.

LAS COCINAS ECONÓMICAS AMBULANTES.

La guerra actual debe sin duda alguna provocar en Francia toda una serie de reformas y de progresos que harán por fin salir al ministerio de la Guerra de la rutina en que se ha encerrado, mientras en su alrededor todo progresaba.

No hay cuestión militar que no haya excitado las críticas más legítimas, y por consiguiente las más rápidas transformaciones.

Cuestiones de armamento que han patentizado, especialmente en el arma de artillería, resistencias administrativas verdaderamente deplorables; cuestiones de intendencia que han revelado una organización tan atrasada, que parece del pasado siglo; cuestiones de equipo que enseñan que debe reformarse todo lo relativo a la vida de las tropas en campaña, campamento, marcha, abastecimientos, distribución de víveres, etc.

En los papeles encontrados en Tullerías se revela el espantoso desorden en que se agitaba aquel ejército imperial, que sin embargo se presentaba como la salvaguardia del país. Así hemos sabido que los ejércitos franceses se ponían en marcha sin subsistencias, que los cañones no llevaban municiones, y que los soldados combatieron tres días en Sedan sin tener víveres.

Increíble demencia tanto más culpable, cuanto que no le habían faltado los avisos al gobierno. En los últimos años del imperio los generales Trochu y Ducrot no han cesado de revelar las reformas que debían ponerse a la orden del día.

También se acaban de publicar los informes que el barón Stoffel, agregado militar en la embajada fran-



SITIO DE PARIS. — La partida de chito.



La cantina de la muralla.



SITIO DE PARÍS. — En aní gous, ronda de los bretones en su campamento.

cesa de Berlín, dirigía al ministro de la Guerra, y en los cuales ponía en evidencia, que bajo el concepto moral y material, el ejército prusiano era superior al ejército francés.

Dirigidos á un gobierno tan ciego como inepto, aquellos informes fueron letra muerta; los cortesanos interceptaron la luz: á ellos y á su amo les corresponde la responsabilidad de esta terrible guerra.

Hace dos años el teniente coronel baron Stoffel hablaba en un viaje á París con un hombre sensato é inteligente de las fuerzas y de la organización militar de Prusia, sin disimular nada de lo que sabía, y como su interlocutor se quedaba atónito y contestaba que en la corte imperial no se creía nada de todo aquello, él le dijo:

—Dios quiera que no tengamos guerra con Prusia, porque saldremos vencidos. Así lo he escrito ya muchas veces.

Dejemos el pasado y no le recordemos sino es para provocar mejoras. Ya se ha hecho un trabajo de transformación en la marina, en los cañones y en los fusiles; que se trate ahora, pues, de mejorar todo lo que puede interesar al bienestar del soldado en campaña, teniendo bien presente que un ejército mal administrado no da mas que malos resultados.

Bajo este concepto merece nuestra completa aprobación la ingeniosa innovación que la cocina económica ambulante que representamos puede realizar para la distribución de víveres en los cuerpos de ejército.

Las grandes masas que hoy se acostumbra á poner en movimiento toman tal extensión, que es preciso tomar medidas extraordinarias para distribuir con rapidez raciones á las tropas en marcha ó en batalla.

Para alcanzar este resultado, M. Jorge Ville, profesor en el Museo de historia natural, ha hecho construir el carruaje representado.

Este vehículo, que lleva consigo una cocina ambulante, funciona perfectamente.

La primera experiencia tuvo efecto en diciembre de 1870 en el bosque de Vincennes en presencia de los generales Trochu y Ducrot, y fué decisiva. Con la mayor presteza se repartieron entre los soldados diez mil tazas de té, de chocolate y de café, y entrambos generales re-



Husar, hulano y soldado de la landwehr hechos prisioneros por los guardias movilizados.



Los cuervos después de la batalla

conocieron que la invención es de una utilidad incontestable. Inmediatamente se van á construir veinte carruajes iguales para los distintos cuerpos de ejército.

Numerosas son las ventajas de esta innovación. En primer lugar, á su beneficio se puede hacer una rápida distribución de víveres, y en segundo los soldados tendrán menos carga en campaña. Sabido es que los alemanes han reducido á la mas simple expresión la carga del soldado, de cuyo modo sus maniobras son mas rápidas.

Preciosas ventajas que serán reconocidas en todas las naciones.

L. C.

Curiosidades

DEL SITIO.

I.

El espectáculo que ofrece París sitiado tiene puntos de vista que varían hasta lo infinito. Es imposible salir á la calle sin asistir á alguna escena pintoresca que fija nuestra atención, y nos hace tomar la pluma y el lapicero.

Hé aquí, por ejemplo, un grupo de prisioneros prusianos; un húsar de la muerte un hulano y un soldado de la landwehr. Su actitud es estrictamente conforme á la disciplina militar; pero no disimulan en su semblante el gozo de que se hallan poseídos. Bien se ve que prefieren la cárcel á la trinchera.

Se observa en los prisioneros una diferencia muy notable entre la actitud del soldado y la del oficial.

Generalmente el soldado parece satisfecho de hallarse al abrigo del cañon de los fuertes; pero el oficial se muestra orgulloso hasta lo sumo.

Uno de los últimos oficiales hechos prisioneros en los reconocimientos nocturnos, hablaba en estos términos con el capitán francés que mandaba la tropa:

— ¿Sois de la guardia real? le preguntó el capitán.

— De la guardia imperial, contestó el habitante de Berlín.

Nuestro prusiano ignora que los imperios

comienzan en Marengo y Austerlitz y acaban en Santa Elena y Sedan.

II.

Los campamentos de los guardias movilizados se distinguen por una particularidad muy notable.

En todos ellos hay grupos atentos que clavan sus miradas en un mismo punto.

Es el eterno juego del chito.

Todos los juegos del mundo producen la misma fiebre y la misma atracción, y los movilizados demuestran en el chito el mismo ardor que los aficionados á la ruleta.

Solo que allí no se pierde oro, todo se reduce á algun sueldo.

III.

Hé aquí la cantina que tienen los guardias nacionales en la muralla:

Esta cantina económica es una lección para la población de París, y seguramente no se olvidará. Ricos y pobres han comido allí el negro pan del sitio; pequeños y grandes se rozan fraternalmente en la cantina. En la escuela del deber se hace el aprendizaje de la verdadera igualdad.

¿Cuántos recuerdos se conservarán de la cantina! ¿Quién no habrá visto y practicado por sí mismo el orden y la economía? ¿Quién no habrá aprendido lo que vale la asociación?

La asociación ha producido milagros en la cantina, milagros que se contaban en los libros y que la vida del sitio ha revelado á todo el mundo.

IV.

¡En ani gous!... Todos los parisienses han visto bailar á los guardias movilizados de Bretaña su ronda interminable, cantando al mismo tiempo su canción nacional. *En ani gous, e zo men dous. ¡La vieja es mi querida!*

Este cantar del país de las encinas, tenía para ellos mas poesía aun en París, cuyo lenguaje no comprenden. Además, esta música sirvió de idioma entre los bretones arrancados de repente de sus campiñas. A su llegada á París cuando fueron alojados en las casas particulares, los jefes no sabían cómo gobernarse para que sus hombres comprendieran los toques de corneta.

Uno de ellos tuvo la idea de mandar tocar el aire nacional. *En ani gous.* ¡Tenía que ver el ardor con que los bretones acudieron al toque!

V.

Nuestro último cuadro representa una escena sombría. Sabido es que las bandadas de cuervos siguen de lejos á los ejércitos; pero después de los combates, antes de que lleguen las aves fúnebres, acuden al campo de batalla otros cuervos mas siniestros todavía.

Son los merodeadores de la guerra.

¿De dónde vienen? ¿Quiénes son? Se ignora, pero lo cierto es que así que se ha disparado un tiro se les ve correr en la sombra, como si saliesen de debajo de la tierra.

— No sé cómo sucede, decía un jefe de ambulancias, pero ello es que cuando vamos á llevar á los muertos al sepulcro, nos encontramos con que los han visitado y robado todo lo que llevaban encima.

¿En cuántos tonos puede repetirse que la guerra es horrible!

R. DE M.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el N.º 940.)

Cole entregó 50 libras á Hill de parte de Coventry y prometió 20 libras mas, por cuya suma Hill se comprometía á acabar con Little dentro de algunos días que necesitaba para perfeccionar el arma de que quería valerse.

En este intervalo ocurrieron nuevos accidentes. Las máquinas se pararon y Enrique perdiendo la paciencia, dijo á Jael:

— ¿Queréis ganar 5 libras por semana?

— Con mucho gusto, si las gano honradamente.

— Enseñadme el brazo que hizo rodar á Davis por la escalera.

Jael vaciló un instante, y luego en tanto que sus mejillas se teñían de carmín, descubrió su brazo hasta el hombro.

— ¡Justo cielo! exclamó Enrique; ¡qué brazo! No lo tengo yo así.

— El mio será mejor formado, pero el vuestro es mas fuerte.

— Si el izquierdo ha hecho la hazaña que habeis dicho, ¿qué no hará el derecho?

— ¡Oh! exclamó Jael, los hombres no saben valerse mas que del derecho, pero no así las muchachas. Yo uso indiferentemente el uno y el otro, y entrambos están á vuestro servicio.

— En ese caso venid conmigo.

Enrique la llevó al cuarto de las experiencias y la enseñó el modo de afilar sierras, que ella aprendió en dos ó tres lecciones.

Pusieron pues los dos al trabajo y afilaron las sierras secretamente.

No tardaron en acumularse las gruesas. Enrique cobraba 35 libras por semana, de las cuales daba 6 á Jael, no obstante su resistencia.

— ¿Cómo puede valer tanto, decía, el trabajo de una pobre muchacha?

Esta última combinación infundió algun valor á Enrique Little. Haciendo su antigua vida de obrero, las horas que pasaba en su taller con Jael eran para él como un baño saludable: el inventor empezaba á respirar de nuevo.

Entre tanto Hill rumiaba sus pérfidos designios.

Para ir de la fábrica á su domicilio, Enrique atravesaba generalmente un pasaje sombrío, que era una angosta callejuela cortada por dos esquinas rectangulares.

Desde que le amenazaba la Union, el inventor no entraba jamás en aquella callejuela sin mirar detrás de sí, porque no temía los ataques de frente, en razon á que llevaba encima un revolver de seis tiros; pero sí temía que le asaltaran por la espalda sin dejarle tiempo para ponerse en defensa.

Una noche pues que habia entrado en la callejuela como de costumbre, se encaminó con paso rápido hácia el primer esquinazo y luego se volvió á ver si le seguían.

Distinguió en la sombra una mujer, lo que no le infundió ningun recelo y continuó su camino.

Un poco mas allá habia un public-house, en el que se penetraba por un corredor muy estrecho.

Un hombre estaba emboscado detrás de la puerta entreabierta de aquel pasillo, y así que Enrique pasó, salió muy quedo y le siguió andando de puntillas.

Este hombre llevaba un arma extraña, que solo podia tener un cuchillero de Hillsborough; era un arma olvidada hace siglos, pero de un uso precioso, porque hace poco ruido y hiere á larga distancia.

En una palabra, era una ballesta de grandes proporciones.

El hombre aplicó una flecha á su ballesta y corrió con presteza al primer esquinazo, desde donde vió á Enrique que se alejaba como á unas quince toesas.

El sitio estaba muy bien elegido; podia descargar su arma y escaparse sin que la víctima pudiera descubrirle.

El asesino apuntó á Enrique entre los dos hombros y luego acercó lentamente la cuerda á su ojo derecho.

Mas hé aquí que á punto de arreglar la flecha, una mujer le echó rápidamente un brazo al cuello.

XXVIII.

CATÁSTROFE.

No lejos de allí y á la misma hora, cerca de la reja del cementerio que rodea la iglesia de Christchurch, estaban reunidos Coventry y Sam Cole.

Esperaban á Hill que debia informarles del resultado de la fechoría.

Largo rato hacia que aguardaban entre la esperanza y el temor.

Little habia salido de la fábrica mas tarde que de costumbre, y ya se preguntaban con ansiedad cuál podia ser la causa de aquella tardanza.

De repente un incidente extraño, misterioso, les hizo estremecer; una flecha que parecia caer de las nubes vino á dar en el cementerio y se clavó en una tumba á corta distancia de aquellos dos hombres.

Coventry creyó ver en esto una amenaza del cielo.

Cole, mas positivo, comprendió que aquella era la flecha destinada á Little.

— ¡Y el cielo nos la envía! exclamó Coventry temblando en todos sus miembros.

— Nada tiene que ver aquí el cielo; ese bruto se habrá emborrachado y habrá tirado al aire. Vámonos, que nada tenemos ya que hacer aquí.

Cole saltó al cementerio, arrancó la flecha y se la entregó á Coventry diciéndole que la guardara cuidadosamente.

— Volveos á vuestra casa, añadió, que yo indagaré lo que quiere decir esto.

La persona que acababa de atacar á Hill le habia tirado con tanta fuerza hácia atrás, que la flecha se elevó por un ángulo de 45 grados, y como el hombre soltó la cuerda para defenderse, el proyectil subió y fué á caer á algunas toesas mas lejos.

Hill se volvió con presteza y dejando caer la ballesta, pegó con el puño cerrado á la mujer, que se vió con el rostro bañado en sangre.

Lanzó un grito; pero sin arredrarse por el dolor asíó á su adversario por los hombros y le estrechó tan fuerte que le impidió mover los brazos.

El asesino se defendió á patadas, pero la valerosa mujer le hizo caer al suelo con tal violencia que estuvo á punto de romperse la cabeza en las piedras.

Algunos segundos se quedó atontado y la mujer aprovechó este tiempo para atarle las manos con su pañuelo, por manera que cuando Little, atraído por el grito, volvió á toda prisa, la encontró comprimiendo con las rodillas el pecho del hombre que habia vencido.

— ¡Ah! pobre Jael, exclamó ¿qué es esto? ¿Os ha insultado ese hombre?

Y sin esperar respuesta, Enrique pegó con el pié al malvado, mientras este sofocaba un gruñido de rabia.

— ¡Matadle, que es un infame! dijo Jael ¡queria asesinaros!... ¡Ah!...

La pobre muchacha no pudo decir mas.

El hecho heróico que acababa de llevar á cabo habia agotado sus fuerzas físicas y morales, y una crisis nerviosa se apoderó de ella.

Enrique enjugó la sangre que cubria su rostro y la prodigó todos sus cuidados.

Sobrevino gente y acudió un policeman que llevó á Hill á la estacion de policia con su ballesta, en tanto que la jóven recibia socorros en una botica.

La primera cosa que hizo Jael cuando recobró el sentido, fué apoderarse de la mano de Enrique y besarla con transporte. Enrique se conmovió hasta el punto de derramar lágrimas.

De allí Jael, acompañada de Enrique, fué á hacer su declaracion á la policia.

Los dos jóvenes marcharon luego á Woodvine-villa, y no sin emocion supo Gracia Garden el peligro que Enrique habia corrido, y á quien debiera su salvacion, en tan terrible trance.

Después de haber abrazado á Jael, le dijo:

— ¡Ah! ¿Por qué no tengo yo un brazo tan fuerte para defenderos?

— ¡Oh! Miss Gracia, contestó la labradora, no me tengais envidia. Podeis hacer por él mucho mas que yo. Llevadle lejos de esta ciudad maldita, puesto infernal en donde su vida no está segura.

La jóven aseguró que no deseaba otra cosa.

Hill pasó encerrado aquella noche.

El dia siguiente una mano invisible le deslizó un billete concebido en estos términos:

«Decid que no habia flecha.»

Con arreglo á este aviso, Hill protestó de su inocencia, sostuvo que un amigo le habia dado la ballesta para que la gobernara, y que estando en ello se entretenia en tender la cuerda para probarla.

Cuando notó que le asian por detrás, dió una puñada, una sola, para soltarse.

Jael juró que habia una flecha, una flecha con tres plumas, dos blancas y una negra, que ella habia visto por sus propios ojos, y que el preso habia arrojado á M. Little; y añadió que dos dias antes habia sorprendido á Hill en conferencia secreta con uno de los autores del atentado de que habia sido víctima M. Little en la antigua iglesia abandonada de Cairnhope, y que reconoció por ser el mismo que se habia escapado de la prision de Raby-hall.

Sobre esta declaracion se negó el juez á poner en libertad á Hill; pero como no pudieron encontrar la flecha, le ofreció soltarle provisionalmente si presentaba dos fianzas de 50 libras cada una.

Aunque no habia tenido ningun resultado la nueva tentativa dirigida contra M. Little, sin embargo, sus consecuencias fueron efectivas: produjo en Enrique una impresion profunda, impresion que se fortificó con una carta anónima, en la cual le decian que habia otras armas no menos silenciosas que la ballesta.

Brinsley habia sido herido dos veces y las dos sin ruido.

«Cuando llegue vuestra hora, añadia el misterioso corresponsal, no sabreis de dónde vendrá el golpe.»

Desde aquel instante Little tuvo el recelo de una muerte inminente, lo cual le pareció un suplicio tan intolérable que decidió abandonar á Hillsborough.

Sin embargo, no queria partir solo.

Pálido y agitado, Enrique fué á ver á Gracia y le dijo:

— Gracia, ¿me amais?

— Enrique ¿podeis preguntármelo?

— En ese caso, salvadme de esta horrible existencia. ¡Si supiérais lo que es el haber sido un hombre valeroso, enérgico, y sentir ahora que se acaba el valor, como la cera se derrite al fuego, bajo las amenazas cuya ejecucion se espera á todas horas!... Sí, apenas me atrevo á confesarlo, no me reconozco, me vuelvo corbarde. No puedo dar diez pasos sin mirar atrás. Cuando he dado vuelta á una esquina, me paro y retrocedo para descubrir si me sigue un asesino. El ruido del viento me hace estremecer, tengo miedo á mi sombra.

Gracia le echó los brazos al cuello y le interrumpió sollozando.

— ¡Ah! dijo Enrique devolviéndola sus caricias, tenéis piedad de mí... me salvaréis en esta vida miserable y degradante.

— Sí, sí, con alegría, si me es posible.

— Lo podeis, Gracia.

— Decidme cómo.

— Sed mi esposa y partamos para los Estados Unidos, donde venderé los privilegios de mis invenciones ó los explotaré por mi cuenta. Pronto haremos fortuna sin exponernos, pues mis invenciones producen grandes resultados, como lo prueban las persecuciones que sufro en Inglaterra. Sed mi esposa, y huyamos de esta tierra infernal.

— Si yo fuera libre, en este mismo instante; pero mi padre no consentirá.

— Pues prescindamos de su consentimiento.

— ¡Enrique! ¡Casarnos con la maldicion de mi padre!

— No os maldecirá si os profesa algun cariño... Y aun cuando debiera maldeciros, ¿podriais sacrificar mi vida á su voluntad?

— Enrique, por los cielos, buscad otro medio. ¿Por qué tenéis tanta prisa por hacer fortuna? No siempre estará ausente M. Raby... Os suplico que dejéis á M. Bolt, que renunciéis á todas esas quimeras y que

vivais en paz con las Uniones. Bien sabeis que os esperaré toda mi vida. Obtendré de mi padre que vengais aquí mas á menudo, haré por sosteneros cuanto puede hacer la que os ha jurado ser vuestra esposa.

— ¡Ah! exclamó Enrique con amargura. Lo hareis todo, excepto lo que os pido.

— Sois muy cruel, Enrique; no me obligueis á desafiarme á mi padre... ¡Cuán desgraciada soy!... ¡Si supierais cuánto me cuesta negaros lo que me pedís, siendo así que mi deseo seria el de seguir os al extremo del mundo!...

La emocion la sofocaba y parecia que estaba á punto de ceder.

— Si, repuso Enrique con amargura, me seguiriais hasta el extremo del mundo y os negais á hacer conmigo un viaje de doce dias... ¡Ah! No me amais como la pobre Jael, que me ha salvado la vida sin pedírselo yo... vos no quereis salvármela y os lo suplico.

— Enrique, amor mio, contestó Gracia con una mezcla de amargura y de cariño; si hay en la tierra una mujer que os ame mas que yo, casaos con ella y dejadme á mí morir para probaros que tambien os amo.

El jóven se estremeció como si hubiese recibido una puñalada en el corazon, y luego replicó apretando los dientes:

— Muy bien, la semana próxima me pongo en camino y estaré casado... Si la que yo amo no quiere seguirme, la que me ama me seguirá, estoy seguro de ello.

Y se alejó dejando á Gracia Garden anegada en lágrimas.

No habia andado veinte pasos, cuando se arrepintió de su temeridad y pensó volver para arrojarse á los piés de su prometida.

Sin embargo, no lo hizo; pues dominado por la cruel injusticia que á veces acompaña al amor, descargó su furor contra Jael y se mostró muy-duro con ella.

La pobre jóven le miró con aire estupefacto; mas sorprendió una lágrima en los ojos de Enrique, y adivinó que habia tenido alguna contienda con Gracia Garden.

Muy luego, á beneficio de varias preguntas hechas con destreza, se convenció de que era así.

Enrique contó lo ocurrido, omitiendo lo referente á Jael, y siempre sublime en su abnegacion, esta tomó el partido de Gracia y dijo que toda la culpa era de Enrique.

¿Por qué no se marchaba solo á América, vendia sus privilegios y volvia con el dinero que necesitaba para efectuar su boda? ¿Por qué se empeñaba en llevarla para que riñera con su padre?

— ¿Por qué? repitió Enrique; porque ya no soy el hombre que era antes, porque no tengo ya bastante valor ni para combatir con las Uniones, ni para alejarme de la que amo.

Despues de haber discutido algunos instantes, Jael acabó por persuadirle que volviera á hacer las paces con Gracia.

Subyugado por sus buenos consejos, Enrique confesó que Jael era un ángel, y en los trasportes de su gratitud la abrazó afectuosamente.

Algunos momentos despues estaba en Woodbine-villa y pedia perdon á su amada, diciéndola que marcharia solo á América y que traeria la cantidad suficiente para que M. Garden se diera por satisfecho.

Gracia le tomó las manos como para detenerle, tan penosa era para ella la idea de una separacion; mas no tuvo fuerzas para decirle una sola palabra.

Dejó caer su cabeza sobre el hombro de Enrique, que humedeció con sus lágrimas, y el jóven lloró con ella.

— ¡No es mas que un viaje de doce dias! y sin embargo, ¿tendré fuerzas para dejaros?

Una vez decidida la marcha, Enrique Little no tuvo otro temor que el de que le asesinaran antes de que hubiera podido plantear su proyecto.

Para mayor seguridad estableció su domicilio en la fábrica á fin de no tener que salir de noche.

Habia en la fábrica un pequeño edificio aislado, situado á la orilla del agua, edificio cuyo segundo piso ocupaba Jael desde que trabajaba en la casa.

Enrique mandó poner una cama en el piso principal y organizó una comunicacion por medio de un alambre con la estacion de policia mas próxima, de modo que á la menor alarma podia tocar una campanilla que llegaba al oido de M. Ransome.

Además abrió una puertecilla condenada por sus predecesores, y así, si llegaba el caso, podia escaparse sin que le vieran sus enemigos.

Sin embargo, Grotait, muy descontento de la última tentativa dirigida contra M. Little, quizás porque habia fracasado, reconvinó vivamente á Cole y á Hill porque habian obrado sin sus órdenes.

— Yo lo que quiero destruir es la empresa, no el hombre.

Cole repitió estas palabras á M. Coventry, que se desanimó y estuvo á punto de renunciar á su venganza y de ponerse en camino para el extranjero.

Empero algunos dias despues Grotait, á consecuencia de un influjo misterioso en sentido opuesto, recibió de otra manera á Cole, quien le preguntó si no era llegado el caso de acabar definitivamente con Bolt y Little.

— Me repugna llegar á tales extremos, dijo Grotait.

— Pues para nosotros es cuestion de vida ó muerte.

— Cierto; sin embargo, tened presente que yo quiero destruir el local sin destruir al hombre.

Cole prometió conformarse con estas instrucciones, y entonces Grotait le llevó á cierto punto y desde allí le señaló el sitio débil de la fortaleza Bolt y Little.

Tratábase de volar la chimenea de la fábrica, chime-

nea construida sobra malos cimientos, lo que facilitaba mucho su destruccion.

Sobre esto los dos hombres discutieron el precio.

Grotait prometió 20 libras.

Cole se apresuró á comunicar este arreglo á Coventry, añadiendo que 20 libras no bastaban.

— Yo corro el peligro de ser ahogado, dijo.

— Si quereis adelantaros un poco á vuestras instrucciones, os prometo 400 libras.

— No me atrevo... á menos que... Pero se me ocurre una idea, prosiguió Cole al cabo de un instante de reflexion. Que vuele el hombre con el edificio. He oido decir que se acuesta en la fábrica, me informaré para estar mas seguro.

Con este fin Cole preguntó á las obreras de la fábrica y pudo saber lo siguiente, que repitió palabra por palabra á Coventry.

Little pasaba las noches en una construccion que habian levantado hacia poco á la orilla del rio, y la jóven que le habia salvado de la flecha de Hill, ocupaba un cuarto sobre el suyo. Pasaba en la fábrica por su querida, y lo cierto es que se encerraban juntos horas enteras todos los dias.

Esta revelacion fué para Coventry como un cohete luminoso,

Seguidamente vió todo el partido que de ellas podia sacar, y mientras Sam Cole celebraba su infernal combinacion, meditaba perder á su rival de otra manera.

Al otro dia Cole, que no era hombre que abandonaba sus ideas, tomó una barca y se fué al rio á examinar el edificio en cuestion bajo todos los aspectos.

Por la noche volvió á decir á Coventry que creia poder dar el golpe, sin excederse en las instrucciones que tenia.

— Pero es una cosa peligrosa, dijo, porque hay mucha vigilancia. ¿Podriais creer que han establecido una comunicacion entre la fábrica y la oficina de policia? Con un campanillero cae encima una legion de agentes.

— Recibireis 50 libras mas.

— Sois un verdadero gentleman; pero las quisiera en oro, no me gustan los billetes.

— Tendreis toda la suma en oro.

— Además, necesito un pequeño adelanto para comprar los materiales necesarios á la empresa, sobre todo el fulminato de plata, que es muy caro.

Coventry le entregó 40 soberanos, y los dos hombres se separaron despues de haber convenido que una de aquellas noches Cole haria volar la fábrica, despues de haberse cerciorado de que dentro estaba Little.

Gracia Garden y Enrique Little recibieron cada uno una carta anónima.

Hé aquí la que escribieron á Gracia:

« No puedo tolerar que una jóven lady como vos viva engañada por un miserable. No es un misterio para nadie en Hillsborough que M. Little tiene una querida que habita en su fábrica y que pasa á menudo siete ú ocho horas encerrado en su cuarto. Toda la fábrica está escandalizada. La persona en cuestion es una jóven de Cairnhope, que tiene un nombre biblico y cuyo apellido comienza por una D.

» Vuestro amigo desconocido,

» EL HOMBRE FRANCO. »

La carta dirigida á Enrique Little decia así:

« Si todavía no habeis sido herido al cabo de tantas advertencias, es porque teniais amigos en la industria; pero ahora los habeis perdido. Sois un hombre que está condenado. Preparaos á presentaros delante de Dios. »

Y por firma habia un dibujo representando un féretro.

Enrique arrugó el papel con desden y se ocupó activamente en sus preparativos de marcha.

Hizo sus cofres, encajonó sus modelos y escribió dos cartas, una á su madre y otra á Gracia Garden.

Jael le encontró entregado á esta ocupacion, cuando entró con una taza de té á eso de las siete.

La jóven no volvió á verle aquella noche.

Por aquellas horas, á eso de las nueve, M. Coventry disfrazado con una barba postiza se paseaba por la calle en donde estaba la fábrica.

Despues de haber esperado un rato, se acercó á él Cole, que murmuró á su oido:

— ¿Damos el golpe?

Los dientes de Coventry se entrechocaron cuando respondió:

— Sí, la ocasion es oportuna.

— ¿Está pronto el dinero?

— Sí.

— Quiero verle.

— Cuando hayais hecho lo que me habeis prometido.

— Está bien. Dentro de una hora encontraos en el puente, que allí llegaré yo, y algunos minutos despues oireis y vereis alguna cosa que hará ruido en Hillsborough y podrá ponernos á entrambos en grande apuro.

— No por cierto, si sois tan diestro como han sido otros.

— ¿De qué otros hablais? ¡Yo he tomado parte en todas las expediciones de este género! pero esta es mas seria que ninguna... En fin, vamos allá, el hombre ha de morir un dia ú otro.

Y habiendo hablado así Sam Cole llegó á la orilla del rio en donde habia amarrada una barca, á la que saltó á toda prisa.

Los anillos que sostenian los remos estaban bien guarnecidos de estopa, y esos remos se hundieron sin ruido en el agua fangosa.

La barca se deslizó como una grande araña negra sobre la superficie líquida y desapareció en las tinieblas.

Tres horas despues los dos cómplices se encontraron en el puente.

— El negocio está hecho, dijo Cole con voz sorda; dadme el dinero para que me escape cuanto antes... Me parece sentir el dogal en la garganta.

Pero en aquellas tres mortales horas de espera Coventry habia perdido toda confianza en su cómplice.

— Quiero saber si le habeis ganado, le dijo.

— Pues no tardareis dos minutos en verlo.

— ¿Y creeis que estaba en la fábrica?

— Sí, lo creo y lo sé, porque ví luz en la ventana de su cuarto.

— ¿Y habeis tomado bien todas vuestras medidas?...

— No tengais cuidado, que me parece que no escapará. Puse en el marco de su ventana una cantidad suficiente de fulminato para hacer volar la cúpula de San Pablo y en la chimenea de la fábrica un celemin de pólvora.

Entrambas materias comunican por medio de una larga mecha á la que he prendido fuego. Os dije que dentro de un minuto saltará todo. Dadme el dinero ó me lo tomo yo.

Coventry sacó un revolver; Cole dió un paso hácia atrás.

— Ciento cincuenta libras hay en ese saco, dijo Coventry, y en cuanto tenga la prueba de que no me habeis engañado, ese dinero es vuestro.

— ¡Silencio! dijo Cole, me parece que oigo pasos.

La niebla se hacia cada vez mas densa, y los dos hombres se estremecieron, tanto de terror como de frio.

Un reló dió las doce.

A la primera campanada temblaron los dos. En aquella angustiosa y criminal espera el menor ruido les helaba de espanto.

Cuando cesó la vibracion de la última campanada, hubo durante algunos segundos un silencio de muerte.

De repente la claridad de un relámpago iluminó la noche, siguió una detonacion horrible y una enorme masa pareció que caia del cielo, en tanto que un viento frio rozaba en el semblante á aquellos dos hombres.

Una avalancha de piedras fué á parar al agua, que saltó en espuma á lo lejos con el choque.

La chimenea principal de la fábrica habia caido en el rio.

Casi en el mismo instante se oyó otra detonacion mas próxima, tan terrible, que Coventry dejó caer su saco y su pistola, y huyó á todo correr. Cole recogió el saco y huyó tambien en una direccion opuesta.

Apenas habia andado diez pasos cuando tropezó con un hombre que llegaba en sentido inverso.

Entrambos se detuvieron aturridos; pero el desconocido volvió pronto en sí y asió á Cole con un brazo de bronce.

Despues de haber corrido algunos instantes bajo el imperio del terror que le perseguia, Coventry pudo recuperar bastante sangre fria para comprender que aquel modo de obrar no podia menos de hacerle sospechoso.

Detúvose, pues, y se volvió tranquilamente por el mismo camino.

Llegó al frente de la fábrica en el momento en que el portero abrió la puerta y gritaba pidiendo socorro.

Algunos transeuntes atraidos por el estrépito de la doble explosion, penetraron en la fábrica, y el gentleman movido por una insensible curiosidad penetró con ellos.

Casi al mismo tiempo apareció M. Ransome con una porcion de policeman.

La campanilla de que hemos hablado, puesta en movimiento por la segunda explosion habia revelado al constable el lugar del siniestro, y esto explicaba su aparicion tan súbita.

M. Ransome mandó cerrar las puertas inmediatamente para contener á la muchedumbre.

Las cinco ó seis personas que habian entrado con Coventry no conocian las localidades y vagaban aquí y acullá; pero Coventry mejor informado, se dirigió hácia el edificio que sabia ocupaba Enrique Little.

Allí pudo ver un horrible espectáculo.

La techumbre parecia una criba.

En el segundo piso apenas quedaban algunas vigas medio rotas, que se habian medio cruzado y mostraban puntas como las puas de un erizo.

En cuanto al cuarto del primer piso, el de Enrique Little, todo el suelo se habia hundido, y sus restos formaban montones en los que se mezclaban pedazos de los muebles.

En las paredes exteriores se veian enormes boquetes por los que habian pasado la mayor parte de los objetos que habia en los aposentos, y estas aberturas eran tan grandes que no se comprendia cómo el edificio se mantenía en pié.

La niebla no era por fuera mas intensa que en el interior de aquel desmantelado edificio.

Sin embargo, un mechero de gas, torcido por la explosion debia escapar la materia inflamable que arrojaba un lúgubre resplandor en aquel cuadro siniestro.

En presencia de tantas ruinas Coventry retrocedió de

horror, pensando que él era la causa de aquel crimen.

Su pié tropezó con un bulto y vió que era la caja de la correspondencia que aun estaba sujeta á un pedazo de puerta. Se bajó instintivamente y habiendo mirado por la abertura creyó leer en uno de los sobres el nombre de Gracia Garden.

Trató de abrir la caja, y al primer esfuerzo se rompió y cayeron al suelo todas las cartas. Apresuróse á recogerlas, y en el mismo instante oyó un ruido de pasos y una voz que decía :

— Por aquí, M. Ransome, en nombre del cielo.

Una especie de pánico se apoderó de él ; volvió sobre sus pasos, atravésó una viga que obstruía el suelo, y sin tener conciencia de lo que hacia se lanzó por la pared abierta, yendo á caer á la orilla del rio, en un terreno fangoso donde se hundió, sin que le valieran en nada sus esfuerzos.

Pero el terror de la energía y Coventry estaba verdaderamente aterrado.

Guardó las cartas en el bolsillo y como era un buen nadador se arrojó al agua.

Al cabo de algunos instantes encontró un monton de escombros que formaba una isla en la misma corriente del rio, siguió nadando de lado y finalmente pudo llegar á la orilla opuesta. Entonces echó á correr por las calles mas desiertas y oscuras y llegó á su casa empapado y rendido por aquella noche de emociones.

Ransome y sus agentes registraron en todos sentidos el edificio ruinoso, sin descubrir en él ningun vestigio de ser humano vivo ó muerto.

Exploraron tambien la orilla del rio con faroles y hallaron huellas de hombre que Ransome mandó guardar para que no se borrarán.

Muy luego se apartó la atencion de este incidente para fijarse en otro mas grave.

A unas veinte toesas del edificio abierto por la explosion, una mujer medio desnuda con el cabello suelto y la frente ensangrentada, yacia inanimada sobre un monton de escombros.

La policia la reconoció al instante : era Jael Den ce. Ransome mandó que la llevaran al hospital inmediatamente.

Este descubrimiento le infundió la esperanza de hacer otro que le importaba mucho.

Trajeron mas faroles y practicaron nuevas pesquisas á la orilla del rio, pero sin resultados.

Buscando de nuevo en la casa, el constable halló una carterita que pensó seria la de Enrique Little y que recogió por precaucion.

Finalmente, mandó llamar al portero y le preguntó si estaba seguro de que Enrique Little habia pasado la noche en la fábrica.

El portero lo creia así, mas no podia afirmarlo.

— ¿Cuál era su costumbre ?

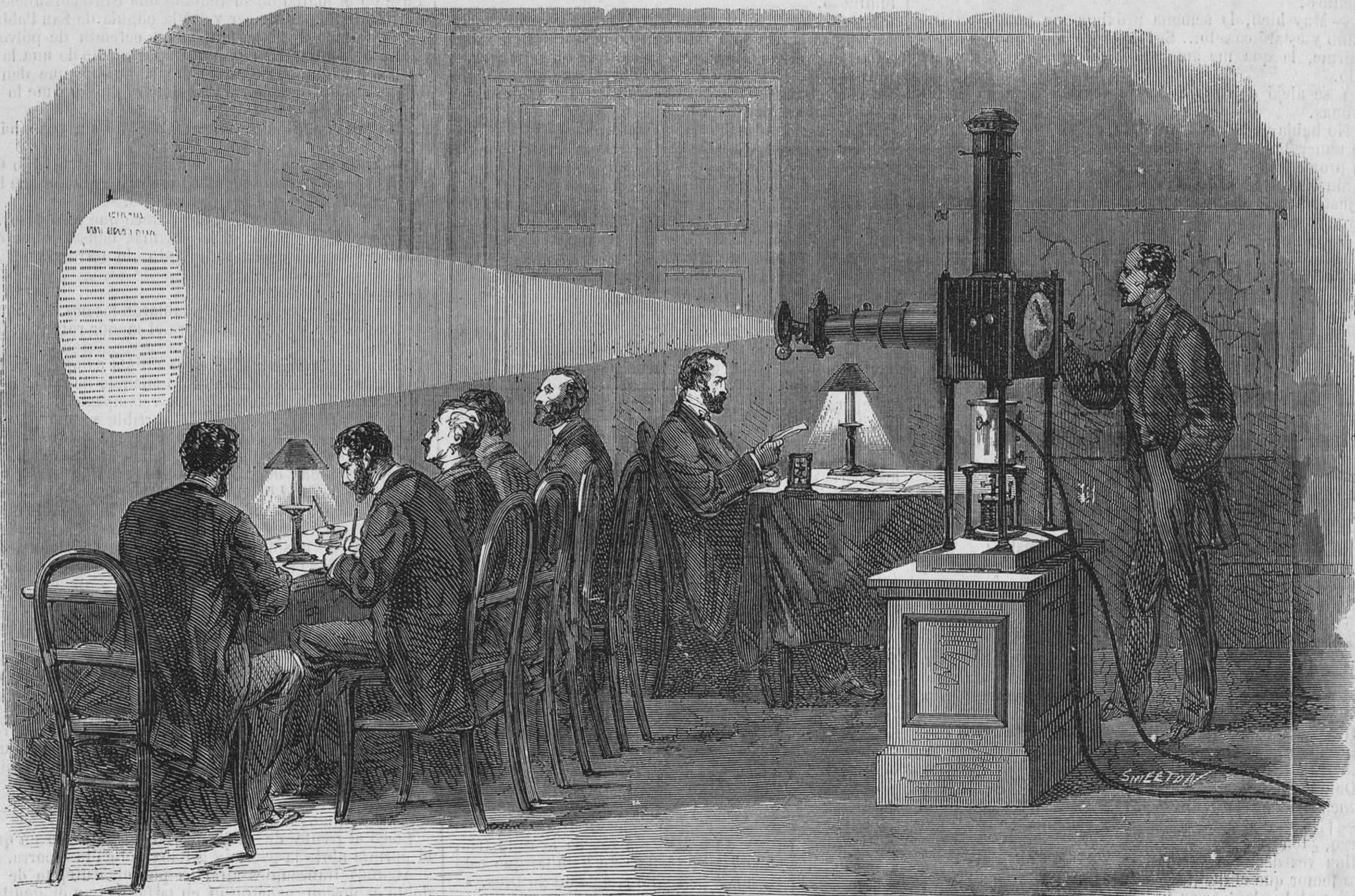
— Desde hace algun tiempo se acostaba aquí.

— ¿A qué hora le habeis visto la última vez ?

— Cuando entró á eso de las siete.

— ¿Y no habeis notado si ha salido ?

— No, señor.



DEFENSA DE PARIS. — Lectura y copia de los despachos microscópicos.

— ¿Estais bien seguro ?

El portero contestó que estaba bien seguro.

— En ese caso, repuso Ransome exhalando un suspiro, que Dios le tenga en su santa gracia.

XXIX.

¿CUAL ES SU PARADERO ?

La carta anónima que Gracia recibió fué un golpe terrible. Se quedó petrificada dando vueltas en sus dedos al fatal mensaje que leyó veinte veces.

Hubo un tiempo en que no habria querido creer en aquella calumnia ; pero ahora recordaba con dolor todas las circunstancias relativas á Enrique y Jael Dence y las propias palabras del jóven.

¿No le habia dicho recientemente que Jael era la mujer que mas le amaba ?

Sin embargo, en su agonía buscaba motivos de duda los hallaba muy poderosos, en la incontestable rectitud

del hombre y de la mujer á quienes acusaban. ¿Podian haber cambiado tan súbitamente ?

(Se continuará.)

Los partes telegráficos de las provincias.

En nuestro núm. 933 hemos dado á conocer á nuestros lectores el prodigioso resultado que habia logrado alcanzar M. de Almeida, haciendo experimentos fotográficos con el aparato de M. Dagron, inventor de este género de fotografia. Los dos hábiles experimentadores han llegado á reproducir una página entera de un periódico en el espacio microscópico de un milímetro cuadrado.

En el mismo número dimos una muestra de despachos reproducidos así por la fotografia, y aquella muestra que representa un paralelogramo liliputiense podia

contener hasta diez mil despachos de doce á quince palabras cada uno.

Gracias á la aplicacion de este sistema, Paris acaba de recibir de una vez trece mil despachos privados, que han regocijado á muchas familias y que además traian informes generales sobre la situacion de los departamentos.

Los trece mil despachos venian en un papel diminuto ; pero ¿qué largo y qué minucioso trabajo se ha necesitado para leer cada uno de esos telégramas !

Hé aquí cómo se opera la lectura y la copia de los partes á que nos referimos:

Los despachos vienen reunidos tipográficamente por grupos de cincuenta, y cada uno de esos grupos ocupa la dimension de un milímetro.

En cuanto llega el mensaje se le aplica un aparato con un cristal de aumento, á cuyo beneficio se leen los grupos de despachos que se copian inmediatamente.

La operacion es lenta y delicada ; pero se ejecuta en suma con bastante rapidez, y los trece mil despachos en cuestion se han podido repartir en pocos dias.

Esta invencion es uno de los episodios mas curiosos del sitio que sufrimos.

L. C.